

universoquieto

Número 95 - Marzo de 2018 - Distribución gratuita www.universocentro.com

Cualquier cosa, menos quietos



4

Celadores

8

El Mocho Giraldo
Un ejemplar original

14

Un horizonte
de sucesos
extraordinarios

18

Un juego
de distancias

20

Dos rusos

22

Pereira vs. Ferro

24

La batea



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Carolina Calle

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

DISTRIBUCIÓN

– Didier, Gustavo y Simón

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 95 - Marzo 2018

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M

Dosificar la torpeza

Las elecciones son una droga dura. Traen alucinaciones y paranoias, prometen paraísos artificiales y pueden terminar en malos viajes, tienen efectos colaterales que duran años y tienden a cerrar las entendederas al usuario frecuente del cubículo. Cada vez que se aproxima una cita con el tarjetón aparece la pastillita del castigo a los consumidores y la tentación de penalizar la dosis mínima. Es inevitable que muchos votantes piensen según la tabla de escarmientos y premios de los padres de familia. Y algunos políticos lo tienen bien claro.

Iván Duque, candidato de la extrema abstinencia, ha dicho que echará atrás una sentencia de la Corte Constitucional con veinticuatro años de historias, reformas y jurisprudencia. Su jefe de intoxicación intentó hacer lo mismo con un cambio constitucional siendo presidente en 2009. Solo logró cambiar un articulo, una línea, mejor, porque dos nuevos fallos de la Corte reiteraron que los consumidores no pueden tratarse como delincuentes. No hubo Corte de bolsillo. Ha pasado el tiempo y mientras ocho estados en el país que inventó la guerra contra las drogas permiten el consumo recreativo de marihuana y el 64% de los estadounidenses dicen apoyar la legalización de la hierba, nosotros tenemos como líder en las encuestas a un Nixon de 43 años. Ojalá simplemente esté cañando para enganchar a algunos padres de familia.

El Plan Nacional de Promoción de la Salud, Prevención y Atención del Consumo de Sustancias Psicoactivas 2014-2021, creado por el gobierno nacional, habla de un enfoque de salud pública y derechos humanos en el tema de drogas. Según su propia letra “el consumo de sustancias psicoactivas se entiende como una conducta que pueden o no realizar las personas en el marco de sus derechos y libertades”. De modo que el consumo personal no es un asunto policivo ni tiene que ver con el Código Penal. Si así fuera, el 15% de los universitarios colombianos que dijeron haber consumido marihuana en el último año tendrían que responder ante inspectores de policía, jueces y fiscales. Lo mismo pasaría con el 2,12% de los estudiantes de educación superior que dijeron haber inhalado cocaína en el último año según el Reporte de Drogas de Colombia presentado por el Ministerio de Justicia en 2016.

También los alcaldes de las capitales y el fiscal general han entrado al juego de pedir cárcel para los simples portadores de drogas. Su crítica va dirigida no ya a la dosis personal sino a la jurisprudencia de la Corte Suprema que habla, desde hace cerca de dos años, de una “dosis de aprovisionamiento”. Según la tesis de la Corte el hecho de exceder la dosis mínima (veinte gramos para marihuana, cinco gramos para cocaína) no es prueba suficiente para una condena por porte, fabricación o tráfico de drogas. La Fiscalía y los alcaldes capitales pretenden que un gramo de más en la balanza convierta automáticamente al portador en

traficante. Es su versión de la balanza de la justicia. De ese modo, el soldado con veinticinco gramos de marihuana al salir de permiso o el albañil de San Roque con ocho gramos de perico recién mercados en Bello pasarían a ser dos más de los cerca de 25 000 presos por delitos relacionados con drogas en todo el país, un poco más del 20% del total de presos en nuestras 137 cárceles. La Fiscalía olvida que su tarea es aportar pruebas que logren diferenciar al jibarero del consumidor sin importar si en su bolsillo hay una sola papeleta. La Corte Suprema se lo dijo muy claro pero el Fiscal parece engalochado: “...incluso tratándose de consumidores o adictos siempre se debe analizar si la finalidad de la posesión o tenencia del alcaloide era para su consumo personal, porque puede suceder que la cantidad supere exageradamente la requerida por el consumidor, o la intención sea sacarla o introducirla al país, transportarla, llevarla consigo, almacenarla, conservarla, elaborarla, venderla, ofrecerla, adquirirla, financiarla, suministrarla o portarla con ánimo diverso al consumo personal (...) si el porte de dosis personal carece del nexo al propio consumo, o se advierte su comercialización, tráfico, o su distribución así sea gratuita, la conducta ha de ser penalizada al tener la potencialidad de afectar los bienes jurídicos de salud pública...”.

Los chistes flojos de Néstor Humberto Martínez cuando dice que los traficantes que llevan una tonelada encima alegan que es su dosis para toda la vida, y la carta alarmada de los alcaldes que hablan de condenas imposibles por microtráfico por la dosis de aprovisionamiento, solo muestran un ánimo de sumar condenas sin pruebas de tráfico y sin beneficios ciertos para la seguridad y la salud pública.

Parece que hay algunos adictos a los barros que no están conformes con los 221 capturados cada día por delitos relacionados con drogas en Colombia. Quieren más, son amigos de la sobredosis carcelaria. En 2014 una de cada tres capturas en el país tuvo como causa un solo tipo penal, tráfico, porte o fabricación de estupefacientes. Duque quiere que se capture o se castigue según su gusto disciplinario a todo consumidor, tendrá que darles la ciudad por cárcel a cientos de miles de jóvenes entre 16 y 24 años, nuestros principales consumidores; y el fiscal quiere mejorar la triste estadística que señala apenas una condena por cada cuatro capturas por un rollo de drogas. Nadie parece interesado en notar que más condenas no implican menos consumo ni que buena parte de las ollas en nuestras capitales tienen la ronda amiga de tres motos y una patrulla. La policía es el único socio nacional de las plazas locales, un accionista uniforme.

No queda más que acudir a la propaganda preventiva del gobierno para darle una recomendación a los funcionarios populistas, a los políticos oportunistas y a los votantes alarmistas: “Métele mente y decide, le guerra contra los consumidores puede empeorar la vida”.



La Subida de Grulla

por **LUIS MIGUEL RIVAS**

Ilustración: Cachorro

No puedo decir que en La Subida de Grulla haya ocurrido algún hecho fundamental de mi vida ni que frecuentara mucho ese sector o que fuera un referente geográfico importante de aquella época. A esa subida, que estaba (uso el pasado porque aunque aún existe ya no es la subida mía) a dos cuadras del parque de Envigado, viniendo desde Itagüí, justo en la cuadra de la fábrica de zapatos Grulla, nunca le presté mucha atención y mucho menos intuí que pudiera representar algo significativo, potente, en mi secreta intimidad. Hasta ayer, cuando despojado de aliento vital por un guayabo achicopador logré hacer acopio de energías y me di a la tarea de concebir el tema para este artículo.

Buscaba un tema sereno, casi silencioso, como anhelaba que estuviera mi mente: sin chistes ni ocurrencias ni confesiones ni quejas ni maromas ingeniosas; solo un tema que fluyera sin notarse y pudiera ser escrito sin que su sonido hiciera doler una cabeza hipersensible al minúsculo crepitar de un alka seltzer o al tecleo enfático de una palabra emocionada; un tema tan sutil que casi no fuera tema, para un artículo que casi no fuera escrito.

De entrada pensé en lugares que evocaran el silencio que habitualmente busco y tapo con palabras y borracheras: la orilla del lago en el Jardín Botánico, una finquita visitada con frecuencia en Santa Elena o un pico montañoso de San Cristóbal en donde cierta vez percibí alguna claridad. Pero al decirlos, esos sitios perdían el aura límpida de la evocación y se transformaban en escandalosos clichés de la tranquilidad; emoticones del nirvana, demasiado figurativos, precisos e interesados, para el mundo abstracto de mi desazón.

Dejé fluir entonces los pensamientos tratando de no participar en ellos y la mente empezó a meterse por geografías que había olvidado, y a recorrer calles que crucé con asiduidad pero nunca recordé con ahínco; lugares demasiado “siempre ahí”, insustanciales y anodinos, por los que simplemente se pasa para ir a los sitios importantes. Y así fue que me vi al pie de La Subida de Grulla: una calle desabrida y empinadísima, bordeada a su derecha (según se subía) por el muro de ladrillo sin revocar de la fábrica de zapatos Grulla y flanqueada al lado izquierdo por un rastrojero amplio con eternos vestigios de un edificio que nunca llegó a ser; ningún guiño de amabilidad a la vista, ni un solo árbol, ni siquiera un letrero o un grafiti en el muro pedado de la fábrica; ningún sonido aparte de los carros que cruzaban, ni el consuelo del ladrillo lejano de un perro o el chillido de un ratón en el filo de la acera. Una cuadra desangelada y desierta cuya única característica notable era su tremenda inclinación.

La imagen apareció llena de fuerza, entrañable, no como un recuerdo sino como una vaga revelación hecha de sensaciones desordenadas: el cansancio anticipado de estar al pie de la loma, la exigencia del terreno que te hace encorvar, jaderar, acezar, exprimiendo cada gota de tu energía como tributo de acceso a la cima, al centro del pueblo, al vértice del progreso y la berraquera. Recordé haber visto a Lucho Herrera y a Fabio Parra tragándose esa loma en una etapa de la vuelta a Colombia de finales de los ochenta: las corvas tensas y el ritmo de pedaleos dificultosos pero firmes con los que entregaban la ofrenda de su último esfuerzo para llegar a la misma meta que tantas veces busqué: el parque de Envigado.

Una vez arriba lo primero que encontrabas era el colegio de las monjas de La Presentación, desde

donde se veía la perspectiva inversa de la calle, que entonces se transformaba en La Bajada de Grulla. La ruta para salir del pueblo. Y ante ese declive abrupto, el vértigo de la caída inminente, el vacío en el pecho, el pavor de disponerse a salir no solo del pueblo sino del mundo con sus leyes físicas.

Por esa época andábamos en patines y recuerdo que solo había una persona capaz de afrontar la bajada sobre ruedas: el Mono Nando. Ante la respiración contenida de todos y después de persignarse, el Mono se lanzaba barranco abajo con las piernas temblorosas y el equilibrio en un hilito, y terminado el declive seguía raudo por el impulso, empequeñeciéndose varias cuadras al fondo, como si fuera a irse del todo. Pero no lo hacía sino que daba vuelta y encaraba de nuevo la subida, resollante, sudoroso, hasta alcanzar la cima a punto del desmayo para volver a bajar y luego volver a subir. Lo celebrábamos, lo admirábamos. El calvario de treparla y el estupor de abandonarse al descenso era nuestro remedo de contacto con el abismo, la cuota que pagábamos para no entregarnos del todo a él.

Nos hicimos adultos. El Mono Nando se casó y se convirtió en un abogado respetable que hoy en día no se mandaría por un desfiladero; otros murieron y otros nos fuimos. Pero La Subida de Grulla —me lo dijo mientras escribía esto— sigue rigiéndonos, mucho más empinada y callada que la calle real, no cesa de empujarnos a su desbarrancadero de utilería para después exigirnos enfrentar el calvario de la trepada, exánimes y desahuciados, con los últimos alientos, con las uñas, con las palabras, y una vez arriba volvernos a impulsar a la caída. Hay un Mono Nando adentro que no para de subir y bajar la loma. Como el famoso Sísifo, pero sin una piedra para entretenerse. ☺



Celadores

por JHON AGUDELO GARCÍA

Ilustración: Carolina Rivera

Hace un tiempo, en una de mis revistas favoritas, leí un cuento que me atrapó de principio a fin. En él se repetía un acto, absurdo, que me daba la impresión de contener un mensaje que como lector atento debía decodificar. Un hombre, durante todo el cuento, sigue al narrador hasta el cansancio. Pero no solo lo sigue, lo sigue con un paraguas, con el que lo golpea. Le propina una y otra vez lo que él llama paraguazos. El cuento lo escribió Fernando Sorrentino, leí al final. Leí, además —hurgando en su biografía—, que no solo escribía cuentos, también ensayos. “Ha escrito ensayos completos de autores clásicos”, leí exactamente. Leí, más adelante, un cuento de Luis Fayad en el que un perro sigue a Leoncio, personaje principal del relato, con la misma intensidad del hombre de los paraguazos, sin un motivo aparente. También, como otra lectura difusa en el tiempo, leí un cuento de David Betancourt en el que un viejito, con un bastón, sigue a la protagonista, durante todo el día, golpeándola mecánicamente. En los tres cuentos se repite, infiero, la resignación: la falta de voluntad de los perseguidos para rebelarse. También los finales son similares: los perseguidos han fortalecido una extraña conexión con el sujeto que los acosa. Han creado, interpreto, una relación de dependencia. Podrían tratarse, estos cuentos, de los sistemas de dominación de los que buscamos ser parte para sentirnos partícipes del mundo, ligados a algo o alguien, aunque nos golpee. Quizá de allí provenga la palabra *sujeto* para referirnos al humano. No sé. Estoy cayendo en el fangoso terreno de la especulación. Y lo que quiero, al menos ahora, es conectar estas lecturas con lo que me pasó hace un tiempo.

Venía de un bar, caminando, escuchando música, cuando sentí que debía mirar hacia atrás. A unos metros, ya muy cerca de mí, se acercaba un hombre corriendo, con un palo, elevado en la posición de quien prepara un golpe. No iban a ser golpecitos, como en los cuentos, sino un gran golpe, definitivo. Por obvias razones, estas cosas no las pensé en el acto; lo que hice, por instinto, fue correr. Corrí sin volver a mirar, sin saber si aún me perseguía. El corazón, como se dice, se me iba a salir. La calle, a las 3 a.m., solitaria. Más adelante, sin embargo —tres cuadras adelante, calculo—, unos hombres me preguntaron qué pasaba. Eran cuatro o cinco, no recuerdo con precisión, que jugaban cartas en las gradas de una cancha de baloncesto, en el complejo deportivo del barrio. Les dije, haciendo un gran esfuerzo por hablar, que un hombre me seguía con un palo. No les dije que un hombre como el del cuento de Betancourt, ni como el de Sorrentino, ni mucho menos un perro como el de Fayad. Un hombre, con un palo, solo eso. Me preguntaron si yo era el hijo de Victoria. Ignoraba cómo lo sabían, pero les dije que sí. Tres de ellos fueron a buscarlo. Esperé.

Nunca nos habíamos presentado, pero los conocía. Solían estar en la esquina de la cuadra, jugando cartas y tomando cerveza, casi siempre, o a las afueras de algún colegio cercano esperando en su moto a una adolescente maquillada en demasía. A veces los veía en la otra cancha, de

microfútbol, detrás de un arco, sobre todo en la noche, muy tarde, rodeados de intimidantes perros, compartiendo lo que en su creativo vocabulario llamaban bareta. También invertían las sílabas de las palabras, como al decir *misaca* o *fercho* —refiriéndose al conductor, principalmente, de un bus—; cosas de las que me fui empapando al compartir con ellos en el único pasamanos del barrio, haciendo barritas, ejercitándonos, siendo partícipes de esa camaradería de los hombres al entrenar: ceder un espacio, sugerir un consejo para estimular eficazmente un músculo, etcétera.

Con algunos de ellos jugué en la infancia, cuando pasaba las tardes en la cancha, esperando integrar un equipo. Jugábamos todo el día, todos los días —excepto cuando mataban a alguien—, con el sueño de ser profesionales pero sin saber ni importarnos cómo llegar a serlo. Jugábamos por la gaseosa, hasta caer exhaustos y hablar tonterías. Alguno decía, con orgullo, que era hermano de un Chata —que era una pandilla muy respetada—; otro decía, con el mismo orgullo, que su padre le había enseñado a disparar, que fue su regalo de cumpleaños. Todo esto era natural. Había noches, recuerdo, que escuchaba disparos hasta quedar dormido. Imaginaba lo que estaba pasando, como un juego, y así me arrullaba. Al otro día era normal encontrar balas en el camino al colegio. Las recogía, las coleccionaba, si bien nunca quise dispararlas. Y no querer no me hacía sentir, en ese tiempo, como una buena persona, sino como un débil, confirmaba lo cobarde que era, daba pie a las burlas de los niños que me veían como un tiernito. Me limitaba a acumular las balas en una cajita, mezcladas con las láminas del Mundial de Francia: el Tino, Zamorano, Suker, eran, por ejemplo, cañoneros que descansaban al lado de mis balas, esperando que papá me consiguiera el álbum de Panini.

Los niños crecieron, claro, y los juegos se fueron convirtiendo en otra cosa. Algo más serio, por así decirlo. Muchos abandonaron el colegio y se dedicaron a asuntos más rentables. En cuanto a las mujeres, si me refiero exclusivamente a mis compañeras de colegio —que aparte de un par de primas feas eran las únicas con quienes tenía contacto (o hubiera querido tener, para ser más preciso)—, la mayoría sabía lo que era el embarazo antes de los quince años. Parecía que eran irresistibles los hombres que las acechaban a la salida del colegio, sin bajarse de la moto, luciendo unas camisetas con imágenes religiosas y el cabello corto arriba y a los lados y generoso atrás, en alisadas colas. Las mujeres que me atraían, que proyectaban cierta actitud desafiante, vestimenta roquera, aparecían a gotas: en promedio dos al año que, además, ya estaban ligadas al hermoso y sucio pedludo de turno que integraba una banda —de música, en este caso— local.

Estoy hablando de finales de los noventa y principios de este siglo. Colombia ya no funcionaba ni como equipo de fútbol: derecho al fracaso, en el ocaso de sus ídolos, ganó una extraña Copa América de local, a la que no vino Argentina y la mayoría de equipos trajeron nóminas suplentes. Todavía conservo, no sé si con nostalgia o como prueba de

una estafa, la boleta que prometía un Uruguay contra Argentina, clásico del Río de la Plata, que en la cancha del Atanasio se convirtió en un insípido Uruguay (suplente) contra Honduras.

El presidente del país, Pastrana, había emprendido un proyecto de negociación con las Farc, sin éxito tangible. Era un verdadero acontecimiento: cada tanto se reunían líderes de la guerrilla, del gobierno, Marbelle, entre otros, en una zona especial, llamada de *distensión*, a negociar el fin del conflicto. Había treguas, esporádicas liberaciones de secuestrados, tecnocarrilera, pero lo esencial continuaba sin resolverse. Entonces empezaron las nuevas campañas a la presidencia, y apareció en nuestro radar un hombrecillo, bajito como Hitler y Napoleón Bonaparte, con un discurso que sedujo a mi familia y amigos —a todos los que conocía, en realidad—, plagado de referencias católicas y diminutivos. Un éxito. Aseguraba que si era elegido acabaría con la guerrilla, bombardearía los lugares que el gobierno actual le había cedido, habría sangre y muertos para que por fin viviéramos en paz. Y la gente aplaudía, mi familia aplaudía, cómo no.

Sigo. Como decía, en mi barrio los que cuidaban eran esos hombres que habían crecido conmigo. Los llamábamos celadores. Salían en las noches, con un silbato, a asegurarse de que las cosas estuvieran en orden. A falta del Pibe en la selección, ellos se sacrificaban por un mejor país. Trasnachaban haciendo sus rondas. De verdad se esforzaban estos buenos muchachos. Desde mi cuarto, a la hora de dormir, oía el sonido agudo del silbato, indicándonos que estaban ahí, que el mundo de afuera era un lugar seguro. Pues a pesar de todo, el conflicto para nosotros no era más que un programa de televisión, o la imposibilidad de visitar la finca que no teníamos. Era muy natural, insistió. Nunca me sentí en peligro. A pesar de no vivir en una burbuja moderna (unidad cerrada, edificio con portería y las múltiples variantes del desarraigo urbano), la guerra era algo que ocurría en otra parte. Mi familia, lo recuerdo, se solidarizaba



con el horror que veía en las noticias: alguien a quien le rodeaban el cuello con una bomba, personas que perdían miembros de sus cuerpos al pisar una mina explosiva, la pipeta de gas que hacía estallar una iglesia repleta de inocentes y, claro, los secuestros. Era solo un ángulo de los hechos, pero suficiente para saciar el apetito de indignación de mi familia. Alguien tenía que salvarnos, el bajito iba a salvarnos: Argentina vendría con gusto al próximo torneo de fútbol que organizáramos.

Los fines de semana pasaban por cada casa, estos solidarios hombres, a saludar y, como cualquier cosa, a preguntar si se quería colaborar con su noble labor. Visto así, no usaré la palabra que escuchaba en casa, que era vigilar, claro que no, era y es más que eso: proteger. Así, entre visitas, mi abuela empezó a trabar amistad con el que se acercaba a nuestra casa, que era cada domingo el mismo flaco, casi siempre con una camiseta de Nacional y una gorra vieja de los Orioles de Baltimore. Una forzada combinación de colores. Seguro

fue él quien le dijo a mi abuela que me habían visto en otro barrio tomando una cerveza, que me cuidara. Yo solo había hecho eso: tomar una cerveza en la tienda del barrio de un amigo que me estaba enseñando a tocar guitarra. Pero mi abuela lo dijo con horror, que me cuidara. Tal vez porque mi abuela, recordé, había tenido un problema, mucho tiempo atrás, con un miembro de la pandilla más popular de ese entonces, La Ramada, quien se negó a detener un partido de microfútbol que se jugaba en la calle, a pesar de que un anciano cruzaba la zona. Por el contrario, pateó adrede contra él, según dice la anécdota familiar, propiciando la estrepitosa caída al piso que acarreo su muerte. Días después, evitando una acción legal por parte de mi abuela, una hija del recién fallecido llevó una carta a su casa, contundente y precisa, en la que le sugería olvidar el asunto, y, si era tan amable, abandonar el barrio antes de dos días.

No volvería a aquel barrio, claro. La abuela decía que aquí te matan por rechazar un aguardiente.

El mundo de la niñez, inabarcable, se iba achicando. Como un hombre que te sigue con un paraguas, de lado a lado, golpeándote insistentemente, hiriendo tus ganas de luchar, podía sentir la asfixia, el acecho de fronteras invisibles, un ineludible camino de escasas oportunidades. A diferencia de ellos, no obstante, sigo siendo débil, no estoy hecho de ese material que permite imponerse al otro con la ley del miedo. Yo solo soy el que espera. Esperé en esas gradas hasta que volvieron, turnándose la bareta, y me dijeron entre risas que me fuera tranquilo, que no volvería a pasar, que saludara a doña Victoria de su parte.

Podía ser la paranoia que al huir del hombre con el palo me invadió, pero creí ver sus camisetas salpicadas de sangre fresca. No estoy seguro. Solo debía irme, tranquilo. Hicieron justicia, tal vez, porque hay mucha gente mala en el mundo. Convencerme de eso e irme. Saber que estoy protegido y no darle más vueltas. ☹

CURSOS DE CAFÉ Y BARISTA

INDIVIDUALES - PERSONALIZADOS

Asesorías - Cafés - Aperturas tiendas de Café

☎ 316 668 11 82

John Jaramillo no estaba perdido, trastió su parranda a la nueva esquina del Centro en Caracas con Córdoba.



Medellín, cine y violencia

Matar a Jesús, al Zarco, a Rosario, al Animal

por OSWALDO OSORIO



Lina y don Bernardo, *Bajo el cielo antioqueño*, 1925.

En el cine de Medellín siempre ha estado presente la violencia. Incluso en la inocencia y prosperidad de los años veinte, la película que inaugura esta cinematografía local, *Bajo el cielo antioqueño* (Gonzalo Acevedo, 1925), tiene un asesinato como parte esencial de la trama. Y después de *Rodrigo D* (Víctor Gaviria, 1990), la violencia ha sido el centro de prácticamente todas las producciones paisas, por lo que es el elemento que más define su cine, como también el aspecto que mejor ha posibilitado obras reflexivas y comprometidas con entender y explicar esta ciudad.

Y no es que entre una y otra película se hayan rodado muchas. Se cuentan con los dedos de una mano, todas ellas tan cándidas, bucólicas y rústicas como las de Enoc Roldán, las cuales ocupan tres de esos cinco dedos. Es por eso que, salvo por *Los colores de la montaña* (Carlos César Arbeláez, 2011) y *Pasos de héroe* (Henry Rincón, 2016), es la llamada tercera violencia la que ha descrito el cine de Medellín, esto es, la violencia del narcotráfico y sus nefastos coletazos de sicariato y delincuencia indiscriminada.

Y es que Medellín sigue siendo una provincia cinematográfica. Apenas unas quince películas —largos de ficción— se han realizado después de *Rodrigo D*. Porque ese significativo aumento de la producción que ha habido en el país después de la Ley de cine (2003) todavía no se refleja proporcionalmente en esta ciudad. Aun así, el tema que ronda en las historias y personajes de este cine es el mismo, sin que necesariamente sea reiterativo o lleno de lugares comunes en sus puntos de vista y tratamientos.

Es cierto que son todas películas entregadas a lidiar con la violencia, pero lo hacen de distinta manera. La tendencia que está en la base de todo es el “yo te tumbo, tú me tumbas”, parafraseando el célebre documental que daba cuenta de la violenta vida sin futuro de los actores de la ópera prima de Gaviria. Esto sucede en casi todos los títulos, donde la supervivencia o las retaliaciones en un mundo marginal y criminal hacen parte de la cotidianidad de los personajes y su entorno.

Por eso son recurrentes las historias de venganza, como en *La virgen de los sicarios* (Barbet Schroeder, 1999), *Rosario tijeras* (Emilio Maillé, 2005), *En coma* (Juan David Restrepo, 2011) o *Matar a Jesús* (Laura Mora, 2018). Pero la diferencia con las tramas de venganza del cine de género o de otras latitudes, es que esa ley del talión no se aplica aquí con el usual y reductivo esquema de “voy lo mato y vuelvo”. La mayoría de estas películas tienen la venganza solo como una de las tantas prácticas de un complejo contexto social, y como una excusa argumental para abordar otros problemas de la ciudad, y dilemas morales y éticos de los personajes.

Existen otros puntos de vista y tratamientos, como cuando la violencia es para soportarla o eludirla y cuando es para aceptarla como víctima. En el primer caso, están películas como *La vendedora de rosas* (Gaviria, 1998), *Apocalipsisur* (Javier Mejía, 2006), *Los colores de la montaña* y *La mujer del animal* (Gaviria, 2017). En ellas el relato está centrado en las víctimas, las cuales tienen pocos recursos o posibilidades para resistir los distintos tipos de violencia. A lo sumo, algunos pueden optar por el destierro o el desplazamiento.

En el segundo caso, la violencia que es aceptada por las víctimas, se encuentra en *Sumas y restas* (Gaviria, 2005), *Lo azul del cielo* (Juan Uribe, 2013), *Eso que llaman amor* (Arbeláez, 2016) y *Matar a Jesús*. Aunque esa aceptación se manifiesta de distintas formas, ya como algo inevitable y momentáneo que se asume con impotencia, como un hecho irreparable que pertenece al pasado, o como un mal social que debe ser entendido y no perpetuado con retaliaciones y rencores.

Con películas más recientes, como *Los nadie* (Juan Sebastián Mesa, 2016) y *Matar a Jesús*, el paradigma de la violencia en el cine de Medellín parecería estar transformándose. En el caso de la primera, hay un importante cambio generacional, pues sus realizadores son menores de treinta años. Es el único título en el que la violencia apenas si aparece como una subtrama que afecta, y muy hacia el final, solo a uno de sus personajes. Mientras que en la segunda, ese viraje del paradigma se da por la actitud que finalmente asume la protagonista ante la venganza y la violencia, las cuales termina negando o neutralizando su carga negativa, esto tal vez por su formación universitaria, o incluso por el espíritu de posconflicto que ahora trata de asentarse en el país.

Incluso en la misma película de Laura Mora, esa distinta forma de ver la violencia pasa por mostrar de una manera diferente al violento, quien aquí aparece más como una víctima de las circunstancias históricas y sociales de una ciudad golpeada y condicionada por las mafias y la marginalidad. De hecho, se trata de un personaje más atractivo que la misma protagonista, pues el relato conduce al espectador, en su identificación con Jesús, del desprecio a la compasión, y en medio de ese proceso consigue acercarse y comprender su ingenuidad y su exclusión. Por otro lado, sorprende dolorosamente su parecido con algunos personajes de *Rodrigo D* y su entorno. Es como si algunas partes de la ciudad no hubieran cambiado en más de tres décadas.

En lo que coinciden todas estas películas también —salvo *Rosario tijeras*, más preocupada por la *glamurización* propia de la televisión— es en el realismo como imperativo estético para contar estas historias y personajes de la violencia. Y con ese realismo, la autenticidad de los actores naturales, con toda su carga de violencia al saber que muchos de ellos se interpretaban a sí mismos. Todo esto se complementa con la ciudad como protagonista (como paisaje, tema y circunstancia) y con el lenguaje, una jerga callejera repleta de palabras y énfasis definidos por la hostilidad y el desprecio hacia el otro.

Y no es que la violencia sea una obsesión de quienes hacen cine en esta ciudad, sino que más bien es una necesidad, pues los cineastas hablan de los dramas intensos del mundo que los rodea, y al parecer el drama de la violencia sigue siendo dominante en esta realidad. Eso también evidencia la vocación autoral que hay en estos directores, quienes se han decidido más por ser críticos y reflexivos con el tema y sus personajes. Solo *En coma*, con las secuencias de acción y el tono de *thriller*, y *Lo azul del cielo*, con el melodrama, han apostado por esquemas más comerciales, sin serlo del todo. Por eso en la violencia del cine de Medellín no hay apología ni afán de sacar partido en la taquilla, es más un compromiso de estos creadores con un mal de la ciudad, una epidemia que buscan entender, y una forma de enfrentar al espectador para que la conozca, y tal vez pueda resistirla mejor. ©



Paula y Jesús, *Matar a Jesús*, 2018.

“Mi rebeldía y vocación docente nacieron preguntándome

¿Por qué la historia de Colombia ha ignorado a las mujeres? ”

María Tila Uribe

www.muieresconfiar.com

confiar
COOPERATIVA FINANCIERA

La diferencia está en que nos ponemos las gafas violeta



Mujeres
confiar

La economía creativa crece cada vez más

Yo estudio
#LiteraturaEnEAFIT

UNIVERSIDAD
EAFIT

Pregrado en

LITERATURA

SNIES: 106504. Res. 20508 del 4 de Octubre de 2017. Vigencia: 7 años.

INSCRIPCIONES ABIERTAS

www.eafit.edu.co/pregrado-literatura

Tel: (+57) (4) 4489500 Ext: 9987 o 9312
E-mail: mercadeo@eafit.edu.co

Inspira Crea Transforma

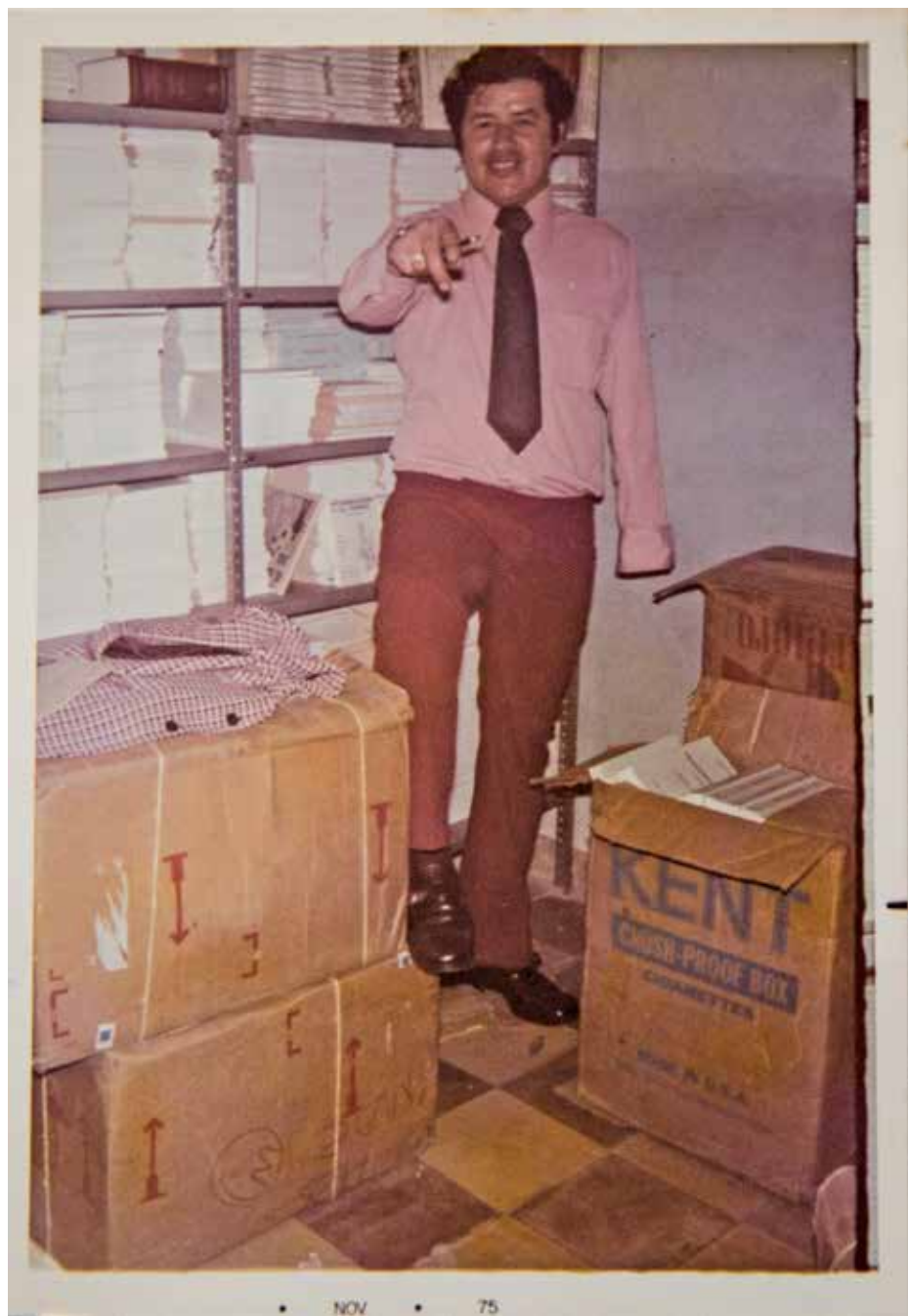
Vigilada Mineducación

Guayaquil podía convertir a un joven bulteador y vendedor de aguacates maduros en un novel comerciante de libros viejos. No importaba que el Mocho apenas juntara las letras, fue acumulando números y comenzó a distribuir textos escolares en varias ciudades colombianas.

El Mocho Giraldo

Un ejemplar original

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ



Gilberto Giraldo Barrientos, 1975. Archivo familiar.

No hay auténtico caballero que no se haya comportado como un rufián al menos una vez en la vida. Eso dice Javier Marías cuando se refiere a Robert Louis Stevenson, el escritor inglés, autor por cierto de una de las sagas de corsarios más pirateada: *La isla del tesoro*. De esos granujas sin tacha, de textos viejos y algunos no tanto, trata la leyenda de Gilberto Giraldo Barrientos, más conocido en los antros de libros y discos viejos como el Mocho.

En diciembre de 2017, muy cerca de cumplir ochenta años, Giraldo dormía al fondo de una de sus bodegas, en la avenida La Playa, pertrechado por torres de libros, y más de quinientos mil discos de vinilo que cuidaba con recelo, aunque sin ningún registro más que su memoria. El hombre ya sordo, sin hijos, con una pensión de seiscientos mil pesos, que además tenía embargada, había aparecido treinta años antes, quién lo creyera, en la revista *Dinero*, como propietario de una de las quinientas empresas más prósperas del país: la Librería Antaño.

Entre las décadas del ochenta y noventa, el imperio de don Gilberto tenía sucursales en Barranquilla, Cúcuta, Bucaramanga, Cali, Manizales y

Pereira, además de otras sedes pequeñas, en ciudades intermedias, y hasta en pueblos como Fredonia. Era el distribuidor autorizado de sellos prestigiosos como McGraw-Hill, Pearson, Planeta, Susaeta, Norma, Santillana y otros más. Los gerentes comerciales de estas empresas le despachaban sus camiones bajo contratos de palabra. Uno de ellos recuerda que bastaba la cédula de Giraldo y su muñón para cerrar un contrato. Las citas comerciales se hacían casi todas en bares del Centro de Medellín. Al inicio de la temporada escolar, los ejecutivos de ventas tenían que esperar su turno, cerveza en mano, en alguna mesa, hasta que el Mocho se dignara a dictarles su pedido, uno por uno, con fondo de bandoneón y canciones de arrabal, en sitios como El Campín o Leomar, cerca de la Plazuela Uribe Uribe.

La intuición que tenía don Gilberto estaba respaldada por el conocimiento del mercado. Le gustaba recorrer el país en carro, tienda por tienda, para averiguar cómo se movían los libros en cada región. Ni corto ni perezoso, el Mocho cruzó fronteras para ampliar su comercio hasta Ecuador, Perú, Argentina y Uruguay. Y aunque era ávido para los negocios, le tenía miedo a los aviones. Como no podía cruzar la selva del Darién por

Aprendía rápido. Con el paso de las hojas se hizo magnate y luego pirata para darle lustre a su muñón. Baldor, Krishnamurti y García Márquez fueron sus socios. Murió en diciembre pasado en una de sus bodegas en Medellín. Dejamos un epílogo a manera de epitafio.

tierra, le tocó volar, como Simbad, hasta Panamá. Desde allí, su mercadeo sobre ruedas llegó hasta Costa Rica, Guatemala y México D.F.

En aquellos tiempos no había ni atisbos de internet. La gente todavía compraba enciclopedias a crédito, alquilaba revistas de historietas y ni por asomo se hablaba de libros electrónicos. El Mocho era una especie de jeque tropical de los libros. Le gustaba vestir Kosta Azul y Everfit, tener su propio chofer y pavonearse de su fortuna con los librereros pobres del pasaje La Bastilla, a los que de vez en cuando invitaba a beber. En aquellos raptos de generosidad, cuando le anunciaban que ya era hora de cerrar el local, se encerraba con los convidados a tomar pola o a jugar billar hasta el amanecer: “Yo pago todo”, anunciaba.

Celina, la última mujer de Giraldo, evoca sus juergas disparatadas: “Después de trabajar como un burro, bebía hasta ocho días seguidos. Andate que ya voy para la casa, me decía, cuando iba a sacarlo del Campín. Y después aparecía con mariachis o con amigos músicos. Otras veces íbamos a Tierras Colombianas, en la época de los ochenta, cuando había plata para dar y convidar”.

Lo conoció en Cali, cuando ella era una madre soltera, paísa y sin fortuna. A Gilberto le cayó en gracia, pero adujo estar ocupado en ese momento. Le puso una cita en La Viña, en Medellín. Vio que era un tipo de pocas palabras, aunque agradable, a pesar de la mano que le faltaba. Luego supo que la había perdido de niño, durante la molienda de caña en un trapiche, una de las tantas faenas que le imponía su padre en la finca de Ituango donde había nacido.

Quince días más tarde, Gilberto cumplió su cita en la repostería. Mientras tomaban él algo, el hombre le propuso a Celina que le ayudara a manejar una bodega en el Edificio Cuartas. Andaba más suelto de lengua, y contó episodios sobre su pasado rural. El rigor de esas labores de campo excedía su cuerpo de niño, pero talló en él ese carácter duro, que por momentos rayaba en la hosquedad, y que solo los más cercanos comprendían. Manco y agrio, Gilberto migró a buscar futuro en la Bella Villa.

Era poco más que un adolescente cuando llegó a trabajar en el mercado de Guayaquil como mensajero, bulteador y vendedor de aguacates. Un tío que pasaba, Roberto Giraldo, cantante de música vieja, lo vio con una carga enorme al hombro y se conmovió: ¿Por qué no vendés libros más bien? El joven Giraldo Barrientos tuvo su epifanía. Los puestos de libros callejeros ya anidaban entre los de verduras. A diferencia de los vegetales, que los clientes buscan cada vez más frescos, los libros, aún envejecidos, cobraban el interés de algún peatón. Un vagabundo pasó ofreciendo un directorio telefónico y el Mocho se lo compró. Luego pasó alguien que necesitaba hacer una llamada y, cuando le pidió prestado el mamotreto, Gilberto le dijo: “No se lo presto, se lo vendo”. Le dobló el precio. Tomó aquel golpe de suerte como un augurio. Fue el inicio de su carrera y un episodio de leyenda que a él le encantaba comentar.

Como vendedor a granel, Giraldo anduvo en aceras y ferias callejeras de todo el país. En Bogotá fue compañero de andanzas de Carlos Federico Ruiz, que a la postre sería el fundador de Panamericana. “Tenía olfato y buena memoria —dice Gustavo Zuluaga, el Hamaquero— para saber qué libros se vendían mejor. Sabía detectar el aire intelectual de su época, sin haber leído casi nada”. Era un lector solapado, apenas leía solapas. A ojo de buen cubero, lograba calcular el costo de cada ejemplar en un lote inmenso de libros. Más que

librero era un saldero. Una vez, según cuenta el mismo Gustavo, compró veinticinco cajas de Plaza y Janés sin mirarlas. Con vender solo una parte libraba el costo, mientras el resto de volúmenes, a cualquier precio, era una ganancia neta. Las bodegas de Giraldo empezaban a llenarse. Mientras tanto, cuando un autor se ponía de moda, él iba preguntando: “Ole, ¿y ese Krishnamurti quién diablos es?”.

Antes de que la autoayuda colmara los estantes con sus recetas de felicidad, era el espiritismo el que atrapaba al lector. El ansia por encontrar cualquier luz en el camino hizo que varios autores pescaran incautos para obnubilarlos. De aquí y de más allá llegaron toda clase de propuestas: viajes astrales, la ampliación del tercer ojo, citas con los muertos, ocultismo recién revelado, sexo tántrico y toda suerte de oráculos y regresiones. Esta fiebre popular de metafísica no solo le brindó pingües ganancias a don Gilberto, sino que le despertó el interés como lector, algo insólito en un librero de su calaña.

Samuel Aun Weor, seudónimo de Víctor Manuel Gómez fue el profeta que lo sedujo. Su discurso era una mezcla de esoterismo, evangelios apócrifos, astrología y doctrinas orientales. Se decía en los bajos fondos que este personaje era un hermano bastardo de Laureano Gómez. Tenía más de treinta títulos en circulación, entre los que se encontraban: *Tratado de alquimia sexual*, *Rosa Ígnea*, *Curso esotérico de Kábala*, *Magia crística azteca*, *Las respuestas que dio un lama*, *La piedra filosofal*, *Matrimonio, divorcio y tantrismo*. Sus enseñanzas hacían parte de la doctrina de una secta neognóstica que tenía sedes en Bogotá y Ciudad de México.

A mediados de los setenta, los libros de Samuel se vendían como pan. Don Gilberto sabía conseguirlos y despacharlos a todo el país y a los países vecinos. El aura de este gurú era la que más brillaba en el mercado del libro popular, mucho antes de que se ungiera a Paulo Coelho. Ningún tiraje parecía suficiente, los adeptos se multiplicaban, así que alguno de ellos le dio al Mocho la idea de sacar sus propias ediciones. Correcto como había sido, averiguó quién podría detentar los derechos de autor de su admirado maestro. Una voz al otro lado de la línea se identificó como el albacea literario y único heredero de los derechos, un teniente del ejército de apellido Gómez, hijo de Aun Weor, quien se conformó con un cheque por setenta millones de la época. A partir de entonces, el Mocho Giraldo contrató los servicios de un taller litográfico. Fue un negocio redondo, uno de los que impulsó en su carrera de magnate de los libros.

Celina recuerda el día en que don Gilberto la llevó a conocer su oficina en el Edificio Cuartas. Eran cuatro pisos atiborrados de libros hasta los baños, como a él le gustaba, sin orden ni concierto. Desde ese *sancta sanctorum*, el hombre manejaba solo y con una mano aquel reino de papel. Venía de Cali, donde acababa de abrir otra sucursal de la Librería Antaño, pero también había fundado ya, en la misma ciudad, con Orlando Vázquez, el Tuerto, la mítica librería Atenas. Frente a esos arrumes polvorientos, lo primero que le dijo a ella, con el rictus serio fue: “¿Por qué no me ayudás a hacer un inventario?”. Ella no supo si reír o llorar.

Desde luego que don Gilberto hablaba en serio. Siempre trató de que las mujeres le ayudaran a ordenar su vida, pero a excepción de Celina, todas terminaban por robarle mercancía, chantajearlo o hacer contabilidades dobles de sus admirables dividendos. Con la última pareja de Cali, una nativa del Pacífico, sufrió una decepción que acentuó su melancolía. Tuvo con ella una hija y, muchos años después de la ruptura, el hombre trató de encontrar a su heredera, acaso para acogerla y llevarla a vivir con él. Atando cabos logró llegar hasta un inquilinato donde le contaron que la pelada andaba más en la calle que allí, que se había extraviado entre las drogas, hasta que en alguna mala noche un fulano la contagió del sida que la mató poco después.

La tragedia de la hija fue tan dolorosa como el accidente en el trapiche. Regresó a Medellín, pero antes le ofreció trabajo a Celina. Ella iba a darle una mano con las facturas, a atender las llamadas de las sucursales, a despachar textos de temporada, o a pasar el trapo por algunos volúmenes que él se empeñaba en guardar para las próximas ferias. De esa época recuerda que escribía las cuentas, con un mocho de lápiz, en las paredes: Zutano me debe tanto, escribía.

El Mocho parecía adoptar aquella frase: Témele al hombre de un solo libro. Quería tenerlos todos con él. Compraba por una bicoca los restos que quedaban del regreso al colegio, o los discos en acetato de *Los 14 cañonazos* que ya nadie bailaría; siempre encontraba un sitio dónde ubicarlos. Tuvo hasta ocho bodegas solo en Medellín. Tal vez se sentía seguro con las bases ocupadas. Otros lanzarán teorías sobre su pasión por acumular; baste decir que los bibliófilos que asomaban la nariz por sus recovecos no hallaban por dónde caminar.



Fotografías: Juan Fernando Ospina.

Las torres de papel siempre lo atrajeron. Pablo Quintero, ejecutivo de ventas, recuerda la época de oro de don Gilberto. Alguna vez le facturó un pedido por dos mil millones de pesos para la Editorial Pearson. “Eran libros de ciencias básicas, como el famoso *Cálculo* de Leithold, o el de Swokowski, y libros técnicos de ingeniería. Nunca tuvo una visión comercial de los negocios, todo lo tercerizaba con porcentajes. No era un estudioso, pero tenía una intuición absoluta”.

Durante varios años el libro más vendido en Colombia fue la cartilla *Nacho lee*. Había una edición pirata que estaba quebrando a la Editorial Susaeta. Viendo esto, Quintero le propuso a su empresa sacar una edición más barata que la fraudulenta, y distribuirla de manera masiva por todo el país. Solo faltaba una pieza clave en el mecanismo: el Mocho. Cuando el hombre les puso una cita en su billar favorito ya tenía su propio plan. Aceptaría distribuir los treinta mil ejemplares de *Nacho lee* bajo una condición: todas las cartillas debían llevar impresa en su contraportada la publicidad de la Librería Antaño, junto con las direcciones de las principales sucursales en todo el país. El auténtico Nacho venció a los piratas. Además, su aventura editorial permitió ampliar la colección. Ahora Nacho escribía, sumaba y multiplicaba.

A mediados de los noventa, Giraldo Barrientos viajó al Cono Sur, hizo contactos con la Editorial Kier, de Argentina, que publicaba a escritores esotéricos como Max Heindel, autor de *El secreto rosacruz del cosmos*, o a Rudolf Steiner, inventor de *Antroposofía*. El sello gauchero era uno de los más buscados por las almas extraviadas de la Nueva Era. Ante la demanda de los lectores, otros libreros también importaron los títulos. Varios de ellos, que no eran tan serios como el Mocho, les incumplieron con el pago a los impresores. Y cuando Giraldo intentó renovar los pedidos, le contestaron que habían suspendido cualquier negocio con colombianos. La sequía de las almas se dejó sentir en las vitrinas. Los gurúes dejaron de hablar en sus páginas hasta el día que a Giraldo se le dañó el corazón e inició su carrera de pirata.

“Gracias a él pude leer *Por el camino del zen*, de Alan Watts, o *El libro tibetano de los muertos* —dice Gustavo Zuluaga, quien en esos años andaba arañado por el esoterismo—. Las ediciones del Mocho se volvieron imprescindibles para iniciados y no iniciados. Don Gilberto era muy osado. Mientras un pirata timorato imprimía docientos ejemplares, él sacaba cinco mil. Así pasó, por ejemplo, con *Ibis*, de Vargas Vila, o con Lobsang Rampa, ambos de Ediciones Beta, de México”. Los hippies bajaban de Santa Elena a buscar en sus anaqueles un *Tao te king* o un *Popol Vuh* de bolsillo, para leer en sus ratos de incienso. Y solo una vez, don Gilberto recibió una llamada intimidante de Bogotá. Alguien con una voz socarrona le dijo que ostentaba los derechos de una obra, y le anunció su demanda: el libro era el *I ching*, escrito hacia el año 1200 antes de Cristo.

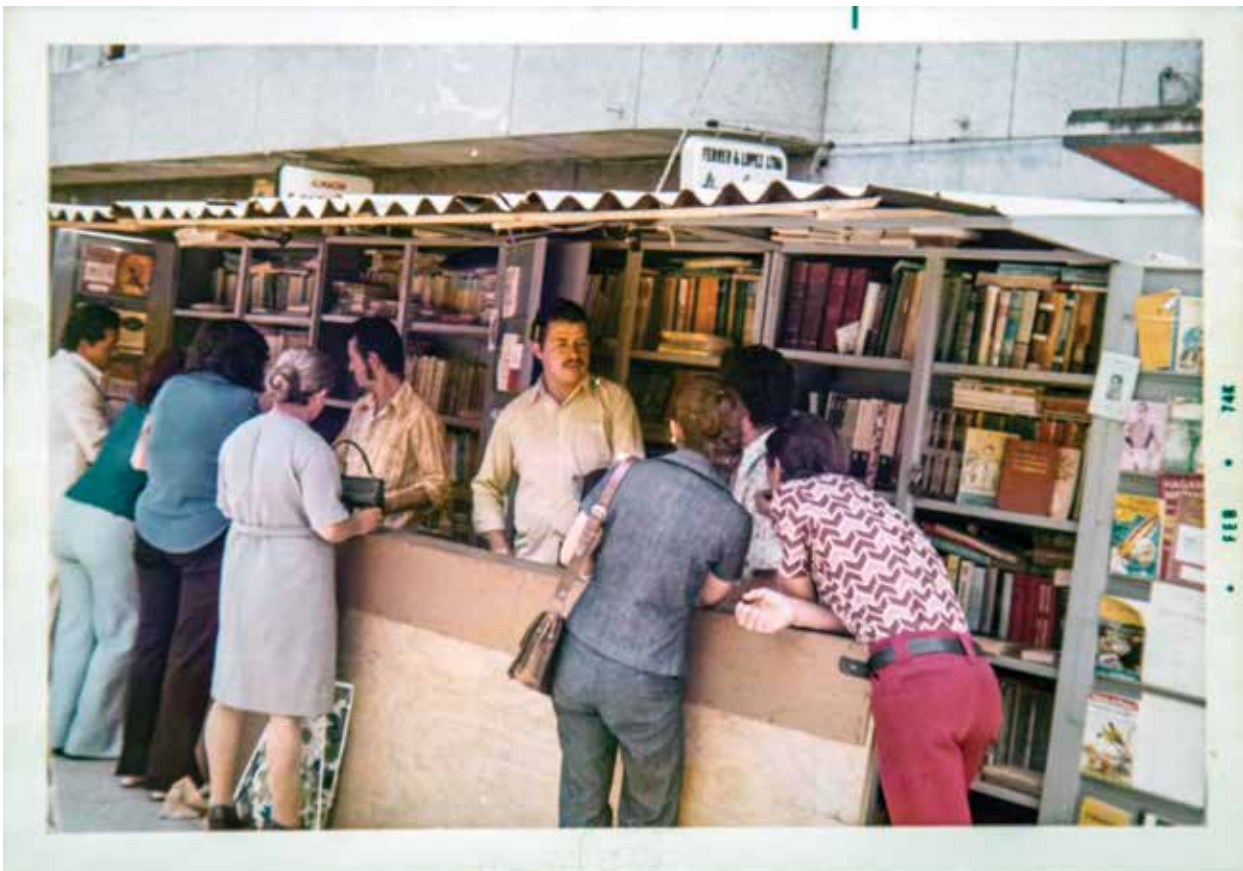
Para no ignorar a los profetas en su tierra, el Mocho también hizo sus tirajes de Fernando González, mientras la familia del filósofo andaba agarrada con la Editorial Bedit por los derechos.

Entre otros autores que pudieron entablar pleitos contra Giraldo se cuenta al poeta Juan Manuel Roca. Solo que él vivía agradecido porque cada vez que visitaba algún país vecino lo recibían con honores. No entendía cómo lo habían leído. Luego supo que hacía rato circulaba por Latinoamérica la primera edición casi original de su *Antología poética*, obra del Mocho. Ningún editor se había arriesgado a publicar un libro de poesía con un tiraje de cinco mil ejemplares. Y, cuando se encontraban, Giraldo le decía en broma al vate: “Juan Manuel, casi no se ha vendido tu libro...”.

El juego tuvo su primer revés de fortuna la mañana del 27 de agosto de 1992. De improviso, varios camiones de la Fiscalía y de la Policía Metropolitana llegaron a rodear una zona entre la calle Colombia y la carrera Junín, justo en el área donde don Gilberto tenía tres de sus bodegas. La noticia contaba que habían decomisado 2242 cajas con libros piratas por un valor de 1740 millones de pesos. Entre los textos decomisados figuraban ejemplares de *Doce cuentos peregrinos*, para el momento el libro más reciente de García Márquez. También se informaba de la detención de Giraldo Barrientos y el inicio de una investigación en su contra por el delito de plagio.

Fue cierto que don Gilberto empezó a vender *Doce cuentos* un día antes de que este se presentara en sociedad, mediante una tropa de jóvenes que voceaban el título, a grito pelado, por el Paseo Junín. Los lectores fiebrados lo cogían en las manos y dudaban cuando los muchachos les advertían que no eran copias piratas sino originales. Escepticos, pagaban su ejemplar, aunque advertían algo en la calidad de la impresión. Meses después, con el Mocho en la cárcel, empezó a tejerse una trama que parecía otro cuento peregrino.

El allanamiento y la detención llegaron luego de que el editor de García Márquez, el catalán José Vicente Katarain, denunciara el 29 de junio de ese año la supuesta



El Mocho Giraldo en el pasaje La Bastilla, 1974-1976. Archivo familiar.



El Mocho Giraldo con el Hamaquero, 2017. Fotografía de Jairo Ruiz Sanabria.

reproducción ilegal de ejemplares de la editorial Oveja Negra; además de la desaparición de planchas y fotolitos. Había varios nombres implicados en el delito, entre ellos Felix Burgos y Gilberto Giraldo, exempleados de ventas del sello.

En las pesquisas iniciales, de acuerdo con la noticia, no se hallaron evidencias ni pruebas de que los acusados fueran los responsables de la reproducción fraudulenta. Además, las planchas hurtadas todavía figuraban en el inventario de la Oveja, sin que nadie antes hubiera denunciado su pérdida.

En otra diligencia, los investigadores le preguntaron a Katarain cómo podía explicar el robo teniendo en cuenta que para llevarse unas planchas tan pesadas se necesitaban varios montacargas. El editor cambió su versión y dijo que solo le habían robado los negativos fotográficos. A pesar de lo dicho, luego se hallaron las pruebas en las empresas donde Oveja Negra imprimía a Gabo: los talleres Printer y Retina. A propósito, la Fiscalía aclaraba que no había ediciones piratas entre los materiales confiscados a don Gilberto, luego: ¿cómo habían llegado a sus bodegas estos libros originales?

La mañana en que lo detuvieron lucía atolondrada. Y aunque esta vez él sabía que era una falsa acusación, se doblegó a tal punto que los verdaderos culpables se aprovecharon. *El Tiempo* de esos días soltó el cuento caliente:

“En este episodio de Medellín, Patricia Salazar, Fiscal de Investigaciones Especiales, hizo una serie de acusaciones contra Katarain. Los detectives de la Djin sacaron de su oficina a Giraldo y lo llevaron a una casa donde funciona un negocio de apuestas permanentes. Allí Katarain redactó un documento en manuscrito donde consta que Giraldo cede todos sus bienes por un valor de dos mil millones de pesos como pago por los libros que supuestamente había pirateado. Y lo obliga a firmar una confesión donde él acepta que es un editor pirata”.

“A pesar de que Katarain pone a disposición de la Fiscalía dichos comprobantes y títulos valores, esta considera que pudo haber un constreñimiento ilegal contra Giraldo, es decir, que lo presionaron con la Djin, para actuar contra su voluntad, prefabricar pruebas, y entregar sus bienes”.

Era curioso que los tiquetes aéreos y los gastos de hospedaje, en el Hotel Nutibara, y la alimentación de

los sabuesos del caso, los pagara el mismo Katarain, en una conducta que se insinuó como un caso de cohecho. La Fiscalía solicitó entonces que la Procuraduría Delegada para la Policía Judicial investigara la conducta de los miembros de la Policía.

El editor catalán y su abogado obtuvieron de Giraldo no solo los cheques sino su cédula, con la cual hicieron retiros de dinero de sus cuentas. Como parte de la patraña, después entregaron el dinero a la Fiscalía. Luego, Katarain intentó demostrar que los libros del Mocho Giraldo no eran originales. Para comparar, les enseñó a los agentes del DAS, un libro de *Crónica de una muerte anunciada* producido en Oveja Negra.

Cuando los agentes examinaron el ejemplar encontraron un error que les llamó la atención. En el libro se leía: “Impreso en 1989, en Santa Fe de Bogotá”, nombre que se retomó para la ciudad solo después de la Constitución de 1991. A juicio de los investigadores se trataba de una seria evidencia de que el libro había sido impreso de manera fraudulenta por Katarain.

La fiscal Salazar, en su providencia, decidió dejar en libertad a todos los implicados. Y aunque la falsa denuncia quedó sin pista, nunca se volvió a hablar de los ochocientos mil ejemplares distribuidos por toda América, y que, según los cálculos de la agente literaria del nobel, Carmen Balcells, jamás se declararon a su autor.

Confundido e indignado con el embrollado cuento de los piratas, García Márquez envió a los diarios un mensaje: “Ante la legalización de las ediciones piratas por la justicia colombiana, no me queda otro recurso que retirar del mercado de Colombia todos mis libros legales”. Después también le dio la espalda a su editor de confianza.

Con el sambenito de pirata que portaba, era difícil para el Mocho librarse del cargo de plagiar al Nobel. En algún momento, entre agosto y diciembre de 1992, declaró que el lote de cinco mil gabos no era obra suya, se lo había comprado a Pedro Walteros; pero admitió su culpa en el mercadeo de unos libros que, aunque eran originales, también eran ilegales.

Celina recuerda que mientras estuvo en la celda de la Cárcel Modelo las librerías siguieron abiertas, y que a don Gilberto lo visitaban los proveedores para tomarle sus pedidos: a pesar de todo, no le retiraron su estima de hombre correcto. Fue incluso el propio gerente de la McGraw-Hill el que ayudó en la defensa.

En medio del escándalo de los piratas de Macondo, Margarita Vidal, en la revista *Cromos*, lo bautizó: “El Pablo Escobar de los libros”, un título nobiliario que él repetía con gracia, aunque solo después de que los abogados le arrancaran hasta un último peso, y que la Fiscal 266 dijera que no había encontrado méritos para mantenerlo en prisión.

Volvió a respirar el aire de sus bodegas, aunque “arrinconado por esa mala fama”, según Gustavo Zuluaga, que se precia de ser el único amigo de sus últimos tiempos. “No podía ver una foto de García Márquez porque le daba maluquera”, dice Celina. Se acordaba de esos días sin sosiego, entre celdas y juzgados, o de las bandas que lo extorsionaban porque todavía lo veían como un magnate.

De las ventas al por mayor pasó al comercio de libros y discos viejos. Ahora tenía tratos con recicladores y carretilleros. Ante la fiebre por los discos de vinilo, se dio a la tarea de llenar cuartos enteros con música. Los coleccionistas lo buscaban en el local de Palacé o en el de La Playa con Girardot. Siempre había un melómano dispuesto a perder horas, desafiando la rinitis para encontrar alguna joya envuelta en el celofán original. En cuanto a las vejeces de papel, hay quien recuerda haber comprado una primera edición por una bicoca, y otros que vieron una edición común de Don Quijote por un precio delirante. El Mocho escribía sus precios a lápiz, con números burdos, arbitrarios y enfáticos. Todos sabían que no habría rebaja.

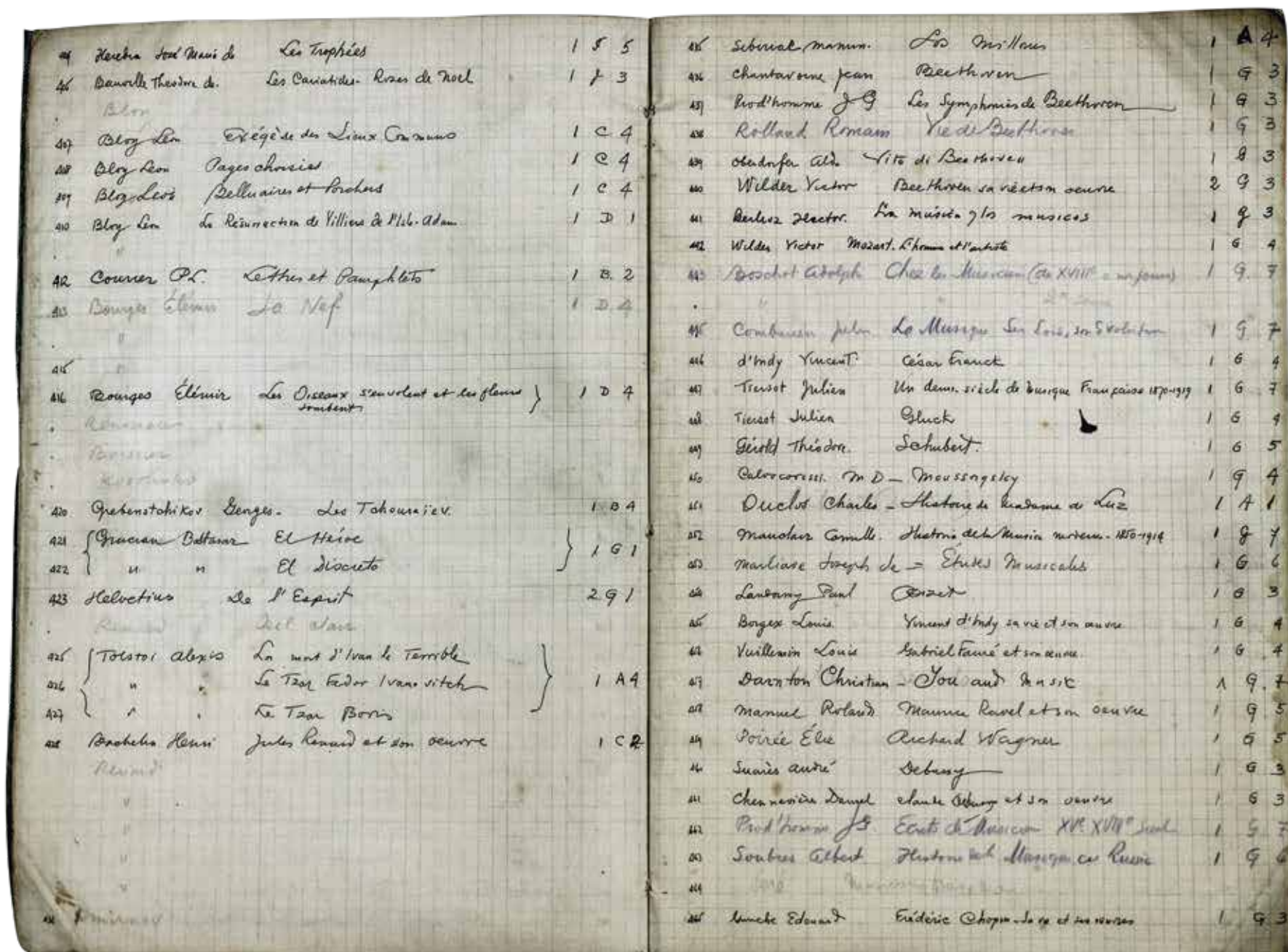
Entre las amantes, las bandas y los abogados, su fortuna se volvió hilachas. Pablo Quintero recuerda haber visto en un local, al lado suyo, a una mujer discola y furiosa: ¿Es tu novia? Le preguntó, con discreción, a don Gilberto: “¿Qué novia va a ser Margarita! ¡Esa es una loca de la que no me he podido zafar!, pero como ella es tan brava, la mando a torear a los clientes malapagados”. De pronto, entre polas, los amigos del Mocho, que lo querían más que él a ellos, hacen un inventario de sus amores fugitivos.

Cuando vino la Señora Muerte, como ropavejera, a buscarlo en su bodega, don Gilberto no opuso ninguna resistencia. Le dijo a Celina que se quería quedar allí. Como reencarnacionista, siempre creyó en otras ediciones póstumas. Después agregó un comentario de su prosa comercial: “Al final me voy quebrado, pero no le debo un peso a nadie”. ☹

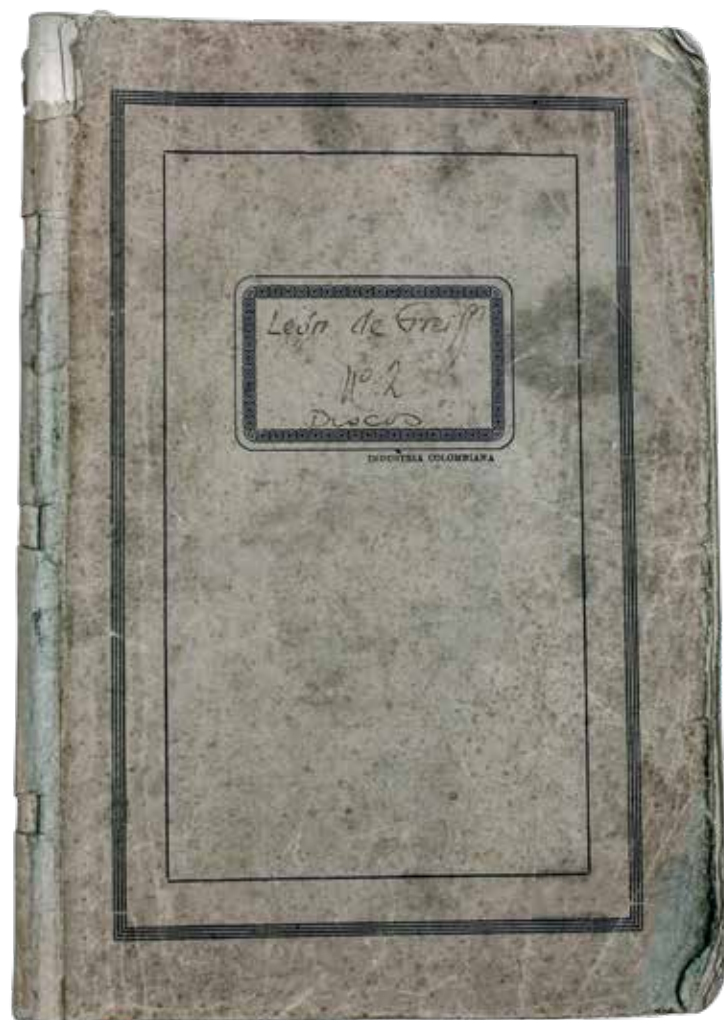


Fotografías: Juan Fernando Ospina.





De Greiff: el músico y el poeta



Entre relatos, rimas y palabras exquisitas, León de Greiff se ubica en un lugar privilegiado de la historia intelectual antioqueña. A este poeta esencial se le identifica como un erudito dedicado a las letras y al estudio minucioso de la composición narrativa y lírica, esto reflejado en su lectura fervorosa de diversos autores en sus lenguas nativas, como Goethe, Shakespeare, Voltaire, Thomas Mann, Homero, al igual que varios de sus contemporáneos colombianos. Su hacer literario no tuvo fronteras; no obstante, De Greiff tenía un músico dentro que siempre se le escapó entre líneas. El interés y la curiosidad por el hacer musical se hacen patentes en su construcción literaria de tal forma que se le atraviesa hasta en la pluma, llegando al punto de componer sus letras con los matices y florituras propios de la música académica. Entre las libretas personales del poeta que guarda la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto se encuentran varias de ellas con un contenido cuyo orden o sentido aún se desconoce, pero que en su singularidad

revelan parte del espíritu erudito de Leo Legris: sus listas de libros, discos y compositores van tejendo la inmensa red que habría de ser la mente ilustrada de este escritor. Pero entre los autores, las disqueras y los códigos de clasificación resalta la temática reiterativa que refleja precisamente esa curiosidad musical: la vida de grandes compositores como Wagner, Beethoven, Debussy, Bach, Schubert y otros tantos más, en libros y análisis musicales que daban detalles tanto de la estética de la composición como del ánimo y pulsión del músico. De alguna forma, el espíritu artístico de León de Greiff se encontraba inquieto ante la grandeza de estos compositores que con sus obras impactaron la historia de la música y del arte en general, transformando las dinámicas académicas y sociales de cada una de las épocas en donde tuvieron lugar sus genios. Quizás por eso, sus propios poemas, con una estructura que se asemejaba a diversos ritmos, géneros e instrumentos, sonaban una música única para el poeta, cuya dirección no tenía batuta, sino tinta y pluma.

¡Juntos por el desarrollo y crecimiento de Medellín!

Con el proyecto **Centro Parrilla**

estamos logrando:

poner a tu servicio un moderno sistema de acueducto y alcantarillado que garantizará por muchos años la prestación de estos servicios con calidad y eficiencia en el centro de la ciudad.

Por ti, estamos ahí

epm®



**UNIVERSIDAD
EAFIT®**

**La economía creativa
crece cada vez más**

» Yo estudio
#LiteraturaEnEAFIT

Pregrado en

LITERATURA

SNIES: 106504. Res. 20508 del 4 de Octubre de 2017. Vigencia: 7 años.

INSCRIPCIONES ABIERTAS

www.eafit.edu.co/pregrado-literatura

Tel: (+57) (4) 4489500 Ext: 9987 o 9312
E-mail: mercadeo@eafit.edu.co

Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación

UN HORIZONTE DE SUCESOS EXTRAORDINARIOS



Antes de Stephen Hawking (1942-2018), algunos atrevidos afirmaban: “Dios no existe” o “Dios ha muerto”. Hawking fue un poco más allá y de alguna manera canceló la discusión, y en lugar de especulaciones teológicas postuló, con fórmulas en mano, que para comprender el cosmos dios no hace falta; dios es innecesario. Sin mencionar de manera explícita el viejo principio de Lavoisier (“la energía no se crea ni se destruye; solo se transforma”), Hawking dejó en claro que no hace falta un creador ni un diseño inteligente, pues el universo es el resultado de unas leyes físicas que se cumplen al margen de cualquier voluntad, por más divina que sea. Dichas leyes se observan en cualquier lugar del universo y nada ni nadie puede cambiarlas. Hasta sus singularidades son previsibles. La fría visión del científico (no exenta de buen humor), invalida incluso cualquier respuesta a preguntas como ¿qué pasaba antes del Big Bang? Para Hawking, el universo entonces era otra cosa. No había tiempo, ni luz, ni dimensiones, ni átomos; ni seres humanos preguntándose carajadas.

Y ese es, de pronto, el mayor aporte de Stephen Hawking a la ciencia y la cultura contemporáneas. Sus planteamientos son brutalmente claros y contundentes: al día de hoy, ni la filosofía ni la religión dan respuesta a las grandes preguntas que nos hemos hecho los seres humanos desde el principio de los tiempos y, cuando intervienen, no hacen más que complicar las cosas. En su lugar, Hawking entroniza la ciencia como un evangelio que se puede revisar y cuestionar; como un tribunal ante el cual todos los seres humanos somos igualmente valiosos e insignificantes, una corte donde se trastocan las funciones

de juez, fiscal, acusado y defensor; un modelo que cambia constantemente según el método de ensayo y error; y cuya mayor virtud es que, por más que avancemos, jamás llegaremos a ninguna parte.

Todo un salto al vacío con fundamento teórico

Qué más podríamos esperar de una mente como la de Stephen Hawking, alguien que sacó de su magín algo tan exótico como el “horizonte de sucesos”, ese fino destello de antipartículas gracias al cual sería posible observar un agujero negro, algo que desde un punto de vista estrictamente teórico no se debería ver y cuyas poderosas fuerzas gravitacionales tampoco admitirían emisión alguna; ni la luz puede escapar de uno de ellos, reza el precepto que los describe. Conocida ahora como “radiación Hawking”, se trata de una serie de eventos cuánticos que se desprenden de ese límite exacto donde nuestro universo deja de ser y se desliza definitivamente hacia el interior de un agujero negro, donde desaparece y donde ya no hay ninguna posibilidad de averiguar en qué otra cosa se convierte. La curvatura extrema del espacio-tiempo en esa especie de sinapsis entre el agujero negro y su entorno cósmico, produce efectos cuánticos como la emisión de pares de materia-antimateria, partículas virtuales empujadas hacia el exterior y que muy probablemente algún día podrían ser observadas. Para que tal cosa sea posible, sin embargo, quizá deban transcurrir varias décadas antes de que contemos con la tecnología indispensable para realizar ese tipo de mediciones *in situ*, muy seguramente en el centro

por GUILLERMO CARDONA

Ilustración: Sara Serna

de nuestra Vía Láctea, donde habita ese oscuro y particular artefacto cósmico que absorbe todo lo que se le acerca y alrededor del cual nuestro sol con sus satélites completa una órbita cada 226 millones de años, a 792 mil kilómetros por hora.

Un jardín de senderos que se bifurcan

En sus investigaciones y textos académicos y de divulgación de sus últimos años, Hawking se sumó además a la teoría del Multiverso, una sinfonía de once dimensiones donde todo es posible, donde las líneas de tiempo y espacio avanzan de manera simultánea en todas las direcciones y se entrecruzan, una realidad múltiple de consecuencias contradictorias, un embrollo más ininteligible que la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino y acaso más difícil de demostrar.

Esa visión del universo (o de los multiversos que nos rodean) es a la vez sencilla, paradójica, deslumbrante y francamente antirreligiosa. Dios viene sobrando.

El silencio de los inocentes

Pese a estos tiempos de posverdades y *fake news*, tales afirmaciones, reiteradas en sus libros, entrevistas y conferencias, jamás provocaron roncha ni generaron animadversión por parte de los líderes religiosos ni de sus seguidores más devotos. Antes bien, papas, popes, daláis lamas y otros jefes de los más diversos cultos se reunieron con él, en medio del más profundo respeto por las diferencias de enfoque.

A su muerte, ni los espíritus más recalcitrantes se atrevieron a mandarlo a los infiernos.

Así las cosas, creo que Hawking es una especie de Jorge Luis Borges de la física teórica, uno de esos personajes que le cae bien a todo el mundo y cuyas posturas se miran con esa rara mezcla de respeto, simpatía y benevolencia. Es, además, Dios me perdone, un vademécum inagotable de frases de ocasión, a lo Facundo Cabral.

El universo, el hogar de los que amas

Pero nada de eso debería preocuparnos. Siguiendo a Hawking, lo que debería preocuparnos más es lo que está pasando en este momento. Porque así como la ciencia se ocupa de lo lejano, de lo posible (de agujeros negros y de viajes interplanetarios), también se pregunta por lo cotidiano, por lo que está cerca, por los avances en la investigación de la inteligencia artificial, la violencia como instrumento político o el terrible impacto de nuestras prácticas económicas sobre el medio ambiente.

Y Stephen Hawking, cayendo al agujero negro de la muerte, nos envía de nuevo, como una confirmación de sus teorías y a manera de partículas de antimateria, su vida, su obra, su sentido del humor, su generosidad y fortaleza intelectual y moral, como dispositivos de conocimiento que llegan hasta los límites de nuestro espectro visible, un horizonte de sucesos extraordinarios para seguir pensando, para darnos cuenta de que la inteligencia natural es nuestro mayor recurso, nuestra puerta de entrada (o de salida) a la comprensión y a la vivencia plena de nuestro maravilloso universo. “No sería un gran universo si no fuera el hogar de las personas que amas”, dijo Hawking alguna vez. Toda una filosofía, una teología, una ética de vida que no requiere Premios Nobel y que deberíamos poner en práctica en el día a día. ☺

Yo creo en mí ¡voy por la beca!

Valentina
García

Fondo de Becas Comfama, estudia un programa técnico laboral

Aplica en www.comfama.com/becas
o en el Centro de empleo más cercano.

Del 2 al 22 de abril del 2018

   
www.comfama.com

comfama

Consulta términos y condiciones en nuestras sedes o en www.comfama.com

**VENDE
PATRIA**

Carlos Uribe
Vende Patria [Homenaje a Adolfo Bernal]
Pintura epóxica sobre metal
80 x 125 cm
2009

Un juego de distancias

por SERGIO GUTIÉRREZ NEGRÓN

Ilustración: Elizabeth Builes



Ya antes nos habíamos cuestionado si debíamos haber venido a Cuba, pero esa fue la primera vez que lo hicimos desde que aterrizamos en La Habana y la que anunció los arrepentimientos posteriores. Era miércoles, 20 de septiembre, nuestra cuarta mañana en la ciudad. Desayunábamos, como siempre, en la casa particular en la que nos estábamos quedando. A diferencia de los primeros días, en los que habíamos escuchado la radio mientras nos pasábamos el pan y la mantequilla, esa mañana el dueño de la casa había encendido el televisor y sintonizado el noticiario mañanero. En algún momento entre nuestra segunda taza de café y la llegada de Gloria y Alejandra, las dos escritoras bogotanas que se quedaban en la habitación del lado, el meteorólogo de la estación comenzó a hacer un repaso del estado del archipiélago caribeño tras los recientes embates del huracán Irma.

El meteorólogo repasó muchas de las cosas que habíamos visto al llegar: una Habana en la que el malecón estaba inhabilitado porque las olas huracanadas habían minado sus cimientos; en la que toda la vegetación estaba deshecha por el agua salada; en la que la gente aún estaba en modo de supervivencia y donde al final de cada esquina habían levantado comederos en los que la gente del barrio podía conseguir un plato de arroz, con un poco de frijoles y pollo frito, todos cocinados con hartó aceite, y así devolverle algo de normalidad a su día a día. Luego, tras reportar sobre las islas que habían sido totalmente arrasadas, el hombre pasó a hablar de otro huracán, María, del que Juanluis y yo habíamos escuchado justo la noche antes de abordar nuestro vuelo y por el que originalmente habíamos dudado partir. Tras

mostrar los itinerarios hipotéticos de María vis a vis Cuba, el hombre enfocó una imagen que representaba la ruta en curso del temporal. Con algo de alivio, comenté que según parecía Cuba saldría ilesa. El dueño de la casa exhaló y celebró, porque una tormenta de esa fuerza, según él, terminaría por sepultar la ciudad en la que nos encontrábamos. Todos sonreímos y volvimos a mirar el pronóstico, según el cual, en esa precisa mañana, María partiría a Puerto Rico justo por la mismísima mitad.

Juanluis y yo nos quedamos callados y, tras las noticias, Gloria y Alejandra expresaron, de algún modo, su preocupación. No recuerdo los detalles, pero imagino que Juanluis les habrá respondido con un comentario indeciso y pesimista, y que yo le habré seguido con uno más liviano, intentando evitar tomar una posición, como suelo hacer.

Poco después compramos tarjetas de internet en el Hotel Presidente y nos separamos frente a nuestros dispositivos con la esperanza de saber un poco más, de confirmar que familiares y amigos estuvieran preparados. Muy pronto, sin embargo, Juanluis y yo fuimos expulsados del mundo virtual por la ausencia de respuesta puertorriqueña. No lográbamos contactarnos con nadie, aunque sí actualizar los mapas en los que vimos cómo María, ese huracán categoría cinco que hizo histórica esa semana parteaguas, disminuyó su velocidad al tocar tierra, aunque no su fuerza, dándonos más tiempo a sus despojos.

Fue entonces cuando Juanluis dijo que quizás venir a Cuba fue una mala idea. El “quizás” desapareció mientras progresó el día, y luego la semana, y en su lugar se asentó la certeza de que se tomó la decisión incorrecta, y de que esa decisión representaba un fallo moral de

nuestra parte. Yo lo negué al principio porque soy lento en arrepentirme. Luego, lo negué porque me avergonzaba no haber visto el peligro que prometía el huracán con la claridad de Juanluis.

Vinimos a Cuba para participar, durante toda la semana, de la cuarta edición de Casa Tomada, un encuentro de jóvenes escritores, artistas y activistas en la Casa de las Américas. Vinimos a Cuba, sí, porque siempre habíamos querido hacerlo y porque admirábamos la institución, y porque los dos creemos en que, más allá de las categorías, hay una literatura latinoamericana realmente existente y que esta se funda en encuentros como aquel y en intercambios de libros más allá de los parámetros de las redes comerciales de distribución. Sí, esa es la justificación literaria, crítica. Pero también vinimos a Cuba porque una década atrás, durante nuestros años universitarios, Juanluis y yo fuimos uña y mugre. Vinimos porque no nos habíamos visto desde hacía un año, y porque llevábamos más de ocho, desde que yo emigré a los Estados Unidos, distanciándonos. Vinimos a Cuba a intentar refundar una amistad que, como el evento mismo Casa Tomada, se forjó a partir de conversaciones sobre literatura, libros, y azar.

El sábado antes de salir, sin embargo, casi se anuló la posibilidad del reencuentro. Juanluis me había escrito preguntándome si el programa en la Casa de las Américas seguía en pie, y si tomaría el vuelo la mañana siguiente. Por un lado, según sabíamos, el huracán Irma le había pegado duro a la Casa. A duras penas nos habíamos podido contactar con Lorena Sánchez, la responsable de juntarnos. Por el otro, aunque Irma apenas tocó a Puerto Rico, había hecho estragos en la distribución de luz

eléctrica. En Cupey, donde vive Juanluis, aún no la habían restablecido y llevaba días con el refrigerador vacío y viviendo a fuerza de quinqué y comida enlatada. Titubeé, pero le respondí, desde la comodidad de mi casa en el medio oeste estadounidense, que sin duda iría. Antes de enviar el mensaje lo releí y me aseguré de que mi respuesta fuera firme, a pesar de la ansiedad que se asomaba. Me detuve un segundo y le pregunté: “¿Y tú?”. Me respondió una hora después. Dijo que sí, que nos veríamos allá.

Esperé a Juanluis en el aeropuerto habanero casi dos horas. Por un momento temí que se hubiera arrepentido a última hora, y cuando ya casi perdía la paciencia lo vi salir desde el otro extremo, por entre familias llorosas. De ahí en adelante, nuestros días en La Habana, antes del embate de María a Puerto Rico, fueron un largo sueño y hablar sobre ellos sería posible solo haciendo un inventario de nombres que, en cuestión de horas, se cargaron de cariño. Ponerlos en papel sería reducirlos a burocracia.

Pero entonces un rudo despertar llamado María, el primer periodo de silencio, y luego la información a borbotones. La Habana se agriaba rápidamente cuando leíamos de la destrucción rendida por la tormenta, de familiares que sufrían, de un lugar al cual repentina y violentamente le habían recordado su caribeñidad. Poco a poco se hizo evidente que regresar a la isla sería imposible, y Juanluis muy pronto se temió varado o en Cuba o en algún lugar de los Estados Unidos. Horas después confirmaría ese miedo, y se enteraría de que no podría regresar a Puerto Rico por al menos una o dos semanas.

Obviamente seguíamos envueltos en el programa de la Casa de las Américas. Entre los invitados hablábamos,

escribíamos, discutíamos. Nos reíamos, cantábamos y festeábamos. Pero en el fondo, ahí presente, como un fantasma, estaba el huracán y en el momento que lo reconocíamos rápidamente carcomía la situación. Despacito, este embate sacó a flote las diferencias entre Juanluis y yo.

Siempre habíamos tenido disposiciones distintas, pero a través de los años habíamos sido capaces de trascenderlas. Sin embargo, allí en Cuba, a veces, ante la angustia que sufría mi amigo, yo era incapaz de empatizar, de compartir su pena, su sentimiento de culpa, su arrepentimiento. Yo también estaba preocupado. Después de todo, mi familia y muchos amigos estaban allá y no había escuchado de ellos desde el embate. También me dolía la isla y hondo. Sin embargo, si toda mi vida se me ha hecho muy fácil distanciarme del presente, los ocho años fuera de la isla me han hecho un experto en el desapego. Para bien o para mal, compartí ese pedazo *archipelágico* de mí, y lo aislé de mi mente. Al mismo tiempo, como por reflejo y en contra de mi voluntad, me vi desplegando esa capacidad de alejamiento de quien era —¿o fue?— mi mejor amigo. Es cierto que intentaba hacer sentir mejor a Juanluis, que le decía las cosas que creo que debí decir, pero por alguna razón sentía como si no fuera capaz de sintonizar sus penas, como si todas mis palabras fueran cortesía.

Vinimos a Cuba para estar más cerca y resultó que, de repente, debido a la brutal contingencia de un fenómeno atmosférico, nos hallábamos más lejos que nunca. La verdad era que por más que entendiera su situación y la de nuestra isla, la certeza de que tras salir de La Habana yo regresaría a mi casa sin ningún problema y de que allí encontraría a mi esposa a salvo y todas mis comodidades terminaba minando, a mi pesar, cualquier empatía, como si solidarizarme radicalmente con el otro —incluyendo al otro querido— me fuese imposible. A él, sin embargo, le esperaban dos semanas de inestabilidad, y luego quién sabe cuántos meses de incertidumbre, de verse en un país imposible de reconocer, y en el que a penas se puede sobrevivir.

Cuando comencé a escribir esta crónica, a un mes del huracán, no mucho había cambiado en la isla, con excepción de que el impulso inicial de supervivencia y solidaridad que llevó a la gente a ayudarse y a reconstruir ante la ausencia y el colapso del gobierno comenzaba a darle paso a la angustia y al cinismo. Juanluis y yo nos escribíamos a diario, pero con cada mensaje intercambiado y cada día que pasaba, tenía menos verdades que responderle. Expresaba mi apoyo, mi simpatía, mi ira ante la ineficiencia gubernamental, claro. Pero ya, de tanto repetir las, mis respuestas comenzaban a sonar, hasta para mí, a relleno. Poco a poco se afianzó la realidad de que no tenía la menor idea de cómo se vivía en esa isla, cada vez más lejana.

Una de las últimas noches en La Habana, Juanluis y yo regresamos tarde al cuarto que compartíamos y cada uno se acostó en su cama en silencio. Creo que los dos nos hicimos los dormidos, para no tener que hablar. Estoy casi seguro de que fue en ese momento que me levanté, fui al baño con mi cuaderno, encendí la luz, y anoté que quizás era eso la amistad, ese creer ciegamente que se puede sobrevivir al juego de distancias y hacer todo lo posible por lograrlo. O, quizás, es eso y algo más, es intentar ganar ese juego sabiendo que, tarde o temprano, es imposible hacerlo. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

ELOGIO A LOS ELOGIOS

La bola de nieve sobre el acoso sexual alcanzó en un coletazo al tradicional piropo. Crasísimo error. Para no entrar en honduras, consulto el *María Moliner*: “Alabanza dirigida a una persona (...)”. Particularmente, cumplido o requiebro dirigido a una mujer”.

Sentada esa premisa, no se intentará aquí, líbrenos el cielo, una antropología del piropo. Pero diremos un par de cosas, centradas, para mejor simplificación, en el segundo ítem, aquel que está hecho para oídos femeninos. Primera, que el piropo de alto vuelo es en esencia hiperbólico, o al menos metafórico; miles de poemas, coplas y canciones así lo ejemplifican. La poesía, pues, tiene la palabra. Una copla anónima, que viajó de España a instalarse en una canción colombiana, no tiene desperdicio:

Desde la noche sombría
Tus negros ojos brillaron,
Y hasta los gallos cantaron
Creyendo que amanecía.

La larga vida del piropo sabe llevarnos al siglo XVI, y al inmortal madrigal de Gutierre de Cetina, que comienza así: “Ojos claros, serenos / si de un dulce mirar sois alabados...”.

Cierro el poemario con este galante verso de Ciro Mendía, síntesis, podría decirse, de la copla citada arriba: “Cuando tú te desnudas, sale el sol en tu alcoba”.

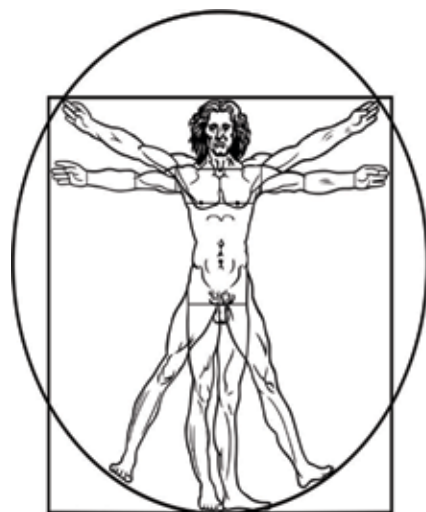
La segunda cosa es su especialización corporal: se centra en ojos, labios, cabellera y poco más. En cuanto al cuerpo, atención: los pies, solo para llamarlos diminutos; y el talle, siempre esbelto. Lo demás, ni con el pétalo de una rosa.

En cuanto a la frase procaz, dicha casi siempre al amparo de la calle, es apenas una burda ofensa, merecedora cuando menos de un carterazo. Nada tiene que hacer en este modesto recuento de galanterías.

Pero el halago sincero siempre es limpio, vista el traje que vista; sabes bien de qué hablo: te recuerdo, lector, las palabras que pronuncias en tus faenas amoratorias, al abrigo de la noche. No podrían existir en otro ámbito, por supuesto. Como diría Ingrid, lo que pasó en el lecho, en el lecho debe quedarse.

CODA

Aunque Colombia haga un pobre papel en Rusia (los héroes están cansados), habremos ganado a Tatiana, la linda dama que nos habla desde Fox Sports. Frente a esos días tal vez aciagos, ella será nuestro consuelo, el reposo del guerrero. ☺



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vaguadelo@hotmail.com



DR. GUSTAVO AGUIRRE

OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

DOS RUSOS

por MARVIN SANTIAGO

Ilustración: Señor OK

Si lo he conocido a dos rusos en toda mi vida. Y esta noche, mientras termino una cerveza en el balcón de mi casa, no sé qué va a pasar con ellos.

Al primero lo conocí hace unos cinco meses, en la Universidad Departamental. El profesor Guillermo Torres, director de la Cátedra de Literatura Internacional, trajo al profesor Alexei Pavlovich Rostov para hablar sobre escritores exiliados de la extinta Unión Soviética. Yo, como estudiante de Historia y aficionado a los cuentos de Antón Chéjov y las poesías de Pushkin, llegué muy animado a la conferencia. El profesor Torres conocía mi afición, y terminada la cátedra decidió que los acompañara a tomar alguna cosa a La Comedia, un café del barrio Carlos E. Ya de cerca, mientras caminábamos, pude ver el porte completo del profesor Rostov. Nos superaba en altura al profesor Torres y a mí. De pecho ancho, con una vitalidad que uno no está acostumbrado a ver en un hombre de sesenta años.

Los ojos claros, entre verdes y un café ambarino, no sé muy bien. El mentón, aunque firme, con rastros de jovialidad, moldeado por una alegría que se notaba de entrada, con gesticulaciones más de español que de lo que uno imagina para un ruso. Esto tal vez se deba a que ha vivido en Madrid los últimos treinta años; y seguro a eso se debe su español casi perfecto. Cuando llegó la mesera, su advertencia resultó chistosa:

—Sorpéndame, profesor Torres. Eso sí: cualquier cosa menos vodka.

El profesor Torres se decidió por el ron. Al principio, con los primeros tragos, nos entendimos muy bien, hablando del humor de Chéjov, del trabajo

cuidadoso de Tolstói en *Guerra y paz*, que si Pushkin o Turguénev, y solo los pude seguir —siempre con los mínimos aportes— hasta que dejamos de hablar de Gorki. Hubo un momento, cuando el profesor Torres hizo una visita al baño, que el ruso fijó una mirada vacía hacia un árbol de afuera. De repente, se dio cuenta de que yo le prestaba atención y me explicó que en la tarde, cuando esperaban el metro en alguna estación de la que no recordaba el nombre, le pareció haber visto un muerto. Intenté adivinar la estación.

—Lo que sí recuerdo —dijo él— es que el muerto entró al Salón Málaga. Torres me dijo que así se llamaba.

Así supe que se trataba de la estación San Antonio, pero aunque quería saber más, no quise preguntarle cuál era el nombre del muerto. Siempre he creído que es mejor no arriesgarse con el temperamento impredecible de un extranjero, incluso con uno tan amigable como este. El profesor Torres volvió y el semblante perturbado del ruso cambió en un instante.

—¿Cómo la ves, querido estudiante? Yo, todo un bolchevique, como dice la mitad de mis colegas, bebiendo con un soldado del Ejército Blanco —dijo el profesor Torres refiriéndose así a Rostov, como al inicio de la conferencia, en vez de decir ruso exiliado.

Comenzaron a hablar de una tal Odoevtzeva, la consentida de los rojos por mucho tiempo, de Marina Tsvétáyeva, que más se tardó en exiliarse que en volver, y de Alekséi Nikoláyevich Tolstói, un escritor que ya suficientes problemas tuvo con el solo apellido. Ahora yo callaba. Estábamos desde las ocho de la noche en La Comedia, y la conversación se extendió casi hasta las doce, cuando la dueña comenzó

a despedirnos. De modo que la reunión siguió en la casa del profesor Torres, a unas cuadras del café.

Del ron pasaron al whisky y yo, precavido, a la cerveza. No me sorprendió la ya famosa resistencia del profesor Torres al alcohol, como tampoco me sorprendió la del ruso. En algún momento entre la una y las dos de la madrugada, hubo un único y mínimo momento de tensión, cuando el profesor Torres dijo que por lo menos eran rescatables los primeros años de la Revolución rusa; y el profesor Rostov alegó que desde el principio la revolución estuvo plagada de contradicciones imperdonables. Busqué el computador desde el que estábamos poniendo boleros de la Sonora Matancera, y puse lo único que, me imaginé, alivianaría cualquier tipo de tensión entre un bolchevique y un soldado blanco: una canción de algún coro cosaco. En efecto, ambos se levantaron de los sillones en los que ya estaba hundidos, y de pie junto a mí cantamos a pecho herido la historia de un soldado que tras una decepción amorosa y antes de comenzar la batalla, soltaba aquel verso estremeecedor: “yo solo espero una bala certera / para saciar mi tristeza / y poner fin a nuestra enemistad”.

Dormí un par de horas en el sofá de la sala, y a las seis de la mañana salí y caminé hacia la universidad, donde desayuné cualquier cosa, antes de recibir clase de siete. Además de la historia pintoresca, quedé con el contacto del profesor Rostov, quien un par de veces al mes comenzó a enviarme recomendaciones literarias por correo.

Al segundo ruso lo conocí gracias a un amigo numismático.

Con Mauro Alonso, compañero de carrera, siempre he tenido en común varios gustos, como la música cubana, las cumbias bárbaras de Lucho Bermúdez y algunos autores rusos. Así que mi amigo no se demoró en ponerme una cita para presentarme a un personaje bastante curioso que vivía en el Pasaje Astoria, relacionado con su afición a la colección de billetes, que además trabajaba con cambio de moneda. Eso fue hace un par de meses.

Llegamos pasadas las dos de la tarde al cuarto piso del edificio residencial del pasaje, en plena carrera Palacé, metros antes de la avenida La Playa. La puerta del apartamento la abrió el propio personaje, calvo, de patillas y cejas despeinadas, orejas puntiagudas y una mirada gris, sin vida. Su altura era modesta. Detalló a Mauro Alonso hasta que por fin lo reconoció y solo entonces nos ordenó que pasáramos, en un español seco y trabajoso. Luego nos hizo esperar en una pequeña sala en la que había un escritorio, dos sillones y una pequeña mesa de estar. Las paredes eran de un suave tono amarillo, sin cuadros ni fotos. Sobre la mesas, varios libros que parecían catálogos, y debajo del cristal del escritorio, algunos billetes y tarjetas. El hombre nos indicó que esperaríamos, cruzó y dejó la puerta que daba a otra sala entreabierta. Allá sonaba música clásica, pero yo no adivinaba de quién. Cuando el ruso le preguntó el motivo de su visita a Mauro Alonso, mi amigo primero nos presentó. Pavel Jmelnitski, el nombre del personaje. Y el motivo concreto de la visita, una moneda de no sé cuántos pesos chilenos. Pero, de fondo, Mauro Alonso quería ver cómo me des envolvía con el ruso, quería mostrarme que era todo un espécimen en peligro de extinción. Por eso la pregunta fatal



que terminó con nuestra tertulia sin haber empezado.

—¿Tchaikovsky, no? —dijo Mauro Alonso.

—Usted es más inteligente que eso —dijo Jmelnitski sin mover los ojos de las páginas del catálogo en el que buscaba el billete chileno.

—Tiene razón, *Concierto para piano número 1* —repuso mi amigo y me dio un codazo como de “fíjate”.

Jmelnitski alzó la vista y en la boca casi se forma una leve sonrisa, que se esfumó al ver la extraña expectativa en la cara de mi amigo. El hombre, intuitivo como un buen personaje de novela rusa, se dio cuenta de que estaba siendo exhibido como una atracción de circo, y su reacción, inmediata e inteligente, no llegó a molestarme.

—Lástima que la gente del tipo de su amigo no alcance a disfrutarla tanto como la podemos disfrutar nosotros. Aquí tiene su billete, joven. Procure venir sin compañía la próxima, que esta sala es muy pequeña como para más de dos personas y a mí me da pena no poderlos atender como debería —respondió con la cara imperturbable, un poco inclinada hacia el mal humor.

De camino a un restaurante en Junín, mi amigo y yo dedujimos que, el muy hijo de su rusa madre, hizo un comentario racista. Le expliqué a mi amigo la situación de animal de feria en la que se encontró el hombre, y los dos terminamos por reducir el disgusto a risas.

—Tal vez —agregó Mauro Alonso— el tipo sea más amable cuando se va de copas al Málaga. Se supone que tiene la costumbre de ir aunque sea una vez por semana.

Dicha la frase, mi cabeza comenzó a atar cabos.

III

A la semana siguiente del encuentro con Pavel Jmelnitski, el profesor Rostov me envié uno de sus acostumbrados correos. En ese momento recordé su comentario en La Comedia, y toda la tarde me la pasé pensando si sería una impertinencia escribirle sobre el encuentro con Jmelnitski. Por fin, en la noche, se me ocurrió contarle que tal vez el muerto que vio entrar al Salón Málaga aquella vez podía estar vivo, o que, por lo menos, un compatriota suyo tenía la costumbre de ir a ese lugar. Enviado el mensaje, no tuve tiempo para medir la impertinencia. En menos de dos horas el profesor Rostov me respondió el correo. Me preguntó por los rasgos del hombre y se sorprendió por la coincidencia. Tanto así, que me pidió más información sobre él. Sin embargo, no quiso decirme cuál era su interés, solo anotó que podría tratarse de un viejo amigo, aunque el nombre no le coincidía, “pero tal vez se cambió el nombre, es entendible”, agregó. Otro ruso exiliado, pensé.

Así que comencé por pedirle más detalles a Mauro Alonso, detalles que se le hubiesen escapado en el último encuentro. Apenas pudo agregar que su esposa era alemana, porque el personaje

había sido soldado rojo enviado a Berlín Oriental, y que prefería los jueves para ir al Málaga, a eso de las cuatro y media, porque los fines de semana se llenaba de gente y eso le molestaba.

Después, al enviarle la información al profesor Rostov, su entusiasmo aumentó, al punto que solo harían falta dos datos más para planear una nueva visita a Colombia tan pronto como fuera posible: saber si respondía al nombre de Oleg Pugachev y si tenía una herida recta, de una cuarta de largo, en el antebrazo izquierdo. La petición me incomodó, era más fácil que ambos su pusieran en contacto, y entre líneas se lo sugerí al profesor. Con mucha gracia, me respondió que lo único que procuraba era conservar el factor de sorpresa a la hora del posible reencuentro. No sospeché de segundas intenciones. Lo que me preocupaba, en realidad, era cómo conseguir los datos sin comprometer más a Mauro Alonso, para que no se advirtiera en mi interés alguna extraña obsesión con Jmelnitski. El domingo, un chispazo me trajo a la memoria una noticia vieja, que me dio la excusa para que yo mismo hiciera la visita al Pasaje Astoria: había entrado en circulación un nuevo billete de doscientas coronas suecas en el que aparecía un famoso director de cine. Todo era fácil. Llegaría el miércoles después del mediodía, con el pleno sol de la tarde, porque de seguro él llevaría una camisa de mangas cortas o remangadas y así podría ver la supuesta herida en el antebrazo. Le pediría el billete, le diría que el precio es de menos. Después, en un descuido, le diría señor Oleg y analizaría su reacción. Y si acaso se extrañara, me disculparía diciéndole que Oleg suena muy parecido a Pavel. Era fácil, y yo me sentía todo un espía que luego le contaría esta historia a cualquier señorita, como quien cuenta cualquier cosa en un bar y con un martini seco en la mano, a lo James Bond.

El miércoles fijado, llegué al apartamento a las dos de la tarde y Jmelnitski, antes de abrir la puerta por completo, preguntó qué se me ofrecía. Le mencioné el billete sueco y por fin me dejó pasar. En ese solo estiramiento de su brazo, en un fugaz gesto de invitación, pude ver una línea cicatrizada que se adentraba por la manga de su camisa. No pareció reconocermelo, era de esperarse. Sin introducciones me dijo que tenía un contacto sueco, me pidió los datos del billete, mi número de teléfono y me explicó el cambio de corona sueca a peso colombiano, los gastos de envío y cuánto sería su comisión. Sacó una calculadora y me dio una cifra que no recuerdo porque en ese momento temblaban en mi lengua las letras del otro nombre, Oleg. De repente, asomada en el umbral de la puerta, una mujer rubia, de piel clara y madura, se me adelantó:

—Oleg, ven, por favor.

—Enseguida —respondió él y le señaló la impertinencia con el ceño fruncido. También alcancé a ver una especie de diploma en letras cirílicas y un gorro militar con la estrella roja en una gorra.

Al tiempo, yo alcé las cejas, mi sorpresa era evidente. El otro lo notó y me preguntó por el nombre del director famoso que aparecía en el billete. Cuando le respondí, alzó las cejas y concluyó:

—Ah, entonces no es de gustos tan idiotas como imaginé la otra vez. Ya le informaré cuando llegué el billete. Y no, no necesito adelantos.

No supe si lo dijo con tono venenoso o de charla, todavía no salía de la impresión, pero ahora estaba seguro de que me recordaba. Esa misma tarde, le escribí al profesor Rostov para contarle la buena noticia. Y como me había advertido, esos datos fueron suficientes para planear su viaje lo antes posible. Agregó que me llamaría al llegar y que no sabía lo feliz que estaba.

IV

Ayer, miércoles, justo un mes después de ese último correo, llegó el profesor Rostov. No quiso decirme dónde se hospedó y me citó hoy, jueves, a las tres y media de la tarde en la estación San Antonio del metro. Desde eso han pasado menos de tres horas. Nos encontramos afuera de los torniquetes. Tenía la misma vitalidad del encuentro anterior, aunque con una sobra de barba que antes no vi, tal vez producto del descuido a causa del viaje. Solo traía un saco de paño colgado de su brazo. Me invitó a tomar una cerveza en el Málaga mientras aparecía su viejo amigo, es decir, Oleg. El profesor procuró que nos sentáramos en una de las mesas del fondo; él mirando hacia la entrada y yo mirándolo a él. Pedimos dos cervezas y comenzamos a hablar de literatura, aunque notablemente distraídos, esperando el momento en el que apareciera Oleg, quien no se demoró más de media hora por lo rígido de su rutina: “Ahí llegó”, dijo el profesor Rostov sin la mínima intención de levantarse de su silla. Yo me giré para ver cómo Oleg se sentaba en una de las mesas del medio, recostado a una de las columnas.

—Ni siquiera me reconoció el hijo de puta —fue la siguiente frase del profesor. De nuevo, como la noche de hace cinco meses mirando hacia el árbol, apareció la mirada vacía, el tono solemne.

Yo quise animarlo a que fuera hasta su amigo, me ofrecí a presentarlos, pero el profesor se empecinaba en terminar la conversación que habíamos comenzado sobre la Lolita de Nabokov. Mientras tanto, comencé una serie de ecuaciones mentales que me ayudaran a entender qué esperaba este ruso para hablar con aquel, para el esperado reencuentro, porque parecía que no había afán: pedimos otro par de cervezas. Habrían pasado veinte minutos cuando se me ocurrió una impertinencia:

—¿Cómo se conocieron? —le pregunté.

Volvió a ignorar la insinuación a Oleg, quien revisaba una libreta con unos lentes de leer que antes no le había visto, y cada cierto tiempo le daba un sorbo a su café. Poco después, cuando mis respuestas se hicieron más vagas, el profesor suspiró fuerte, con los labios apretados, y por fin respondió:

—¿Que cómo lo conocí? Lo conocí en el trascurso de mi fuga. Yo era parte de un comité educativo que visitaba Berlín Oriental, junto a otros cuatro colegas que, en el fondo, teníamos un plan para largarnos.

—Oleg era uno de ellos, ¿no?

—No. Recuerde que él era un soldado. —Entonces... los ayudó, supongo.

—Todo lo contrario. Solo le cuento por si luego le hacen preguntas —respondió el profesor con una sonrisa lenta y los ojos desorbitados, la barba y las ojeras ayudaban al perfil de trastornado.

“Todo lo contrario”, con cada letra se hizo más fuerte el hormigueo de mi cara, la sensación de mareo, el aumento del ritmo cardíaco. Y ni una señal de broma en el profesor. Así que rápidamente busqué reponerme, salirle al paso, averiguar qué era lo que quería hacer y, al mismo tiempo, demostrarle mi sangre fría.

—Entonces, dígame, ¿le envenenó el café? ¿Oleg se desvanecerá dentro de poco? ¿O será después, mientras camine por la calle, una bala desde un ángulo imposible? ¿Cómo ha imaginado su venganza?

El profesor sonrió con el mismo afecto con el que se mira la mierda, y propuso otro tema literario que ni siquiera pudo comenzar, porque de inmediato notamos que Oleg se levantaba de su mesa. El profesor llamó a la mesera para pedir la cuenta.

—Usted es un estudiante inteligente —comenzó a decirme desde que nos levantamos de la mesa—, pero parece que tanta película y documental le han dañado la cabeza. ¿Acaso tengo cara de espía? No sea idiota —salimos del salón tras los pasos de Oleg—, mire a ese pobre viejo y míreme a mí, no me voy a dañar la vida por un muerto, no.

—¿Entonces? —le pregunté a la entrada de las escaleras de la estación San Antonio.

—Usted no se preocupe —dijo al tiempo que me dio unos golpecitos en el hombro, en los que sentí unos nudillos metálicos.

El profesor tenía razón, su venganza era mucho más sencilla de lo que me imaginaba, e incluso, para mí, no había razones para evitarla. Por eso me detuve y esperé a ver cómo el profesor se acercaba más y más a Oleg, que caminaba distraído por la acera, hasta que por fin se lanzó sobre él como un guepardo sobre una gacela. Luego, los golpes en las costillas, la sorpresa de Oleg, la gente en corrillo con sus gritos de evento de boxeo. En ese momento entré a la estación, y la pelea me dio tiempo de subir a la plataforma para escuchar, por fin, el sonido de una patrulla antes de que llegara el metro. Intenté ver algo desde mi vagón, pero era imposible: solo se veía el eco de las luces rojas y azules contra los edificios.

Al llegar a mi casa se me ocurrió sacar la última cerveza de la nevera. Solo mañana, cuando vea en letras grandes los titulares amarillistas, las fotos, los videos aficionados, podré saber cuál fue la suerte de los dos. ☹



PEREIRA VS. FERRO



por JUAN DAVID RAMÍREZ

Ilustración: Verónica Velásquez

El ritual es el mismo. No importa el país, no importa la ciudad o la condición económica. No importa el equipo, el ritual es el mismo. Los días previos al partido, el hincha se enfrasca en especulaciones insulsas sobre posibles formaciones, la condición física de los jugadores y un manojito de memoria estadística que pocas veces falla. El hincha es experto en hacer espacio a una cantidad de datos inoficiosos sobre su club, desplazando de su cabeza otros realmente importantes. La noche previa se duerme poco. El partido se juega una y otra vez en la mente inquieta que no logra conciliar el sueño. Se ensayan variantes, estrategias, ardidres. Todo es posible en la psique del hincha que juega por todo un equipo. La hora se aproxima. La ceremonia inicia como inician las batallas. Hay que vestirse para la ocasión. El hincha se engalana para la jornada. Los más asiduos se enfrascan en una decisión imposible... qué camiseta llevar. Hasta los escépticos preparan las cábalas más ridículas que ayuden a conseguir la victoria: ponerse las medias (sin lavar) que se usaron en el último partido, llevar la imagen de Jesús en la billetera y sentarla al lado en el estadio. El hincha inicia ansioso el recorrido hacia el lugar sagrado. En el camino va sumando rostros amigos que comparten su nerviosismo. Se intercambian lugares comunes a dos manos: el clima, el técnico, el costo de la entrada y cuál será la celebración de moda.

Se introducen nuevos aliados, extraños que luego seguirán su rumbo, pero serán cómplices de un par de horas de euforias y tristezas. El ritual del hincha del fútbol es el mismo, independiente de su equipo. Pero tal vez lo que hace diferente esta liturgia es la condición de ser hincha de un equipo malo. El deporte en general permite licencias a la hora de definir qué equipo es mejor que otro, la subjetividad está a la orden del día. En un torneo de veinte equipos hay ocho que se autodenominan “el más grande”, y por supuesto, cada hinchada se siente parte del mejor equipo que ha existido. Pero en medio de tanto centro de costado, el fútbol ha dejado verdades absolutas e incuestionables que con el tiempo han venido a consolidarse. Hay equipos rotundamente malos. Nací condenado a ser hincha del Deportivo Pereira. Mi padre fue jugador de las inferiores del equipo, incluso actuó en un par de partidos profesionales. Fue presidente del club y administraba el estadio. Desde que respiro por propios medios voy al Hernán Ramírez (incluso creo que fui concebido allá). No hubo escapatoria para mí. Desde muy niño fui viendo nómina tras nómina, alguna un poco mejor que la otra, fracasar con estrépito en el torneo colombiano. Nunca he dicho que el Pereira es un club grande o que somos el mejor de algo. Ni siquiera somos el mejor de la ciudad y eso que no tenemos rival de patio. Con el tiempo esa rabia y frustración se

convierten en una amalgama que permite burlarse de la tragedia propia y da ánimos para que uno escriba esto sin un ápice de reproche. El ritual del hincha de un equipo malo es en esencia igual, pero con la certeza hermosa que genera la derrota anticipada. La previa no se vive con la ansiedad ante el resultado sino con el pálpito incandescente de que el ridículo sea mínimo. La entrada al estadio es como el instante previo a un matrimonio. Se saluda a los amigos y a la vez se despiden, sin saber si uno volverá del calvario. En la tribuna se putea a todos por igual, rivales, árbitro, jugadores propios, utilero y hasta al comisario de campo, pero en realidad el único insulto es hacia uno mismo, por seguir ahí incondicionalmente. Cuando por fin *acta est fabula* y la historia marca el camino ya aprendido, el hincha de un equipo malo se devana los sesos intentando explicar lo fácilmente explicable. Su equipo sencillamente es malo y lo que acaba de ver es solo una muestra de eso. Vienen horas de amargura que se disipa con el alcohol, el trabajo o la rutina, porque el hincha de un equipo malo se forja una coraza impenetrable que le permite que sus momentos de tristeza sean tan escasos como las alegrías que le brinda su equipo. No estamos diseñados para sufrir en exceso y la mente crea mecanismos de defensa como la burla y la ironía. Hace poco vine a vivir a Argentina y una pregunta me estuvo dando vueltas en la cabeza antes de viajar, ¿por

qué voy a gritar? ¿Qué camisa voy a alentar? ¿Quién me va a producir nuevas iras? Soy seguidor de Boca Juniors desde hace muchos años y tal vez la respuesta parecía sencilla, pero en épocas de socios adheridos y reventas más elevadas que el Upac, ir a ver a Boca es una tarea casi imposible. Sabía también que el ser hincha del Pereira, un eterno mortificado, jugaría en mi contra y como un presagio imaginé que terminaría alentando a algún equipo con más historia que triunfos. En Argentina el fútbol es una cuestión de barrios, un asunto muy serio. No hay Boca sin La Boca, no hay River sin Núñez y no hay Vélez sin Liniers. Es un sacrilegio inocente ser del barrio y no ser del club, los equipos son del barrio mucho más que de su hinchada. Por supuesto, el hincha de un equipo malo debe llegar a vivir a Caballito, el centro geográfico y verdadero corazón de Buenos Aires. Ferrocarril Oeste es un club histórico de la ciudad, enorme en extensión y población y es el alma del barrio Caballito. Fue uno de los clubes fundadores del torneo argentino y en su brevísima época dorada consiguió algunos récords que hoy siguen vigentes. Sin embargo, los dos títulos nacionales obtenidos (1982 y 1984) se ven muy lejos frente a los dieciocho años que cumple en la segunda división. Era natural hacerme hincha de Ferro. Llamarlo el Deportivo Pereira de Argentina sería pretencioso y jocosos, pero jocosos también es ir a ver un partido de Ferro. Fue amor a primera vista.

Ser hincha de un equipo malo no respeta latitudes ni modismos, por lo tanto, cuando por primera vez fui a ver a Ferro ya conocía bien la ceremonia. Caminé las pocas calles que separan mi casa del estadio Arquitecto Ricardo Etcheverri y encontré una pequeña pero nutrida marea verdiblanca que se saludaba con emoción y entusiasmo. Era el reencuentro para muchos en la temporada que recién iniciaba. De inmediato entendí la dinámica que años y años como fiel del Pereira me había forjado. El hincha de un equipo malo es el invitado especial a una fiesta condenada a fracasar. Hay que inventarse alegrías en el saludo efímero con el desconocido, en la cerveza que abunda como indicando que la sobriedad no es una opción ante la amargura de darse por derrotado incluso antes de comenzar. La cancha de Ferro es una oda al fútbol de barrio. Está empotrada en el medio de la ciudad, como debe ser, respirando el olor de la ciudad misma, no como esos estadios modernos que se convierten en cementerios de hinchadas a cuarenta kilómetros del casco urbano, donde la atmósfera es similar a la de una industria metalúrgica. La gente se toma las calles aledañas y no para de cantar, incluso sin tener a quién cantarle. Van preparando la sencilla pero ruidosa fiesta que se traslada a las dos gradearías que tiene el estadio, colmando cada rincón con banderas y trapos que recuerdan un pasado algo mejor. Una de las cosas más bellas de ser hincha de un equipo malo, especialmente de Ferro, es que el fútbol es una cuestión familiar. Pocos se hacen hinchas por gusto, se lleva en la sangre, y eso se refleja en las generaciones que se juntan para acompañar al equipo. Lejos está de las barras plagadas de asesinos por camiseta. En Ferro, al fútbol se va con los abuelos y los nietos y se crean familias momentáneas con el vecino de turno. La pasión es la misma que si fueran Boca o River, porque el argentino vive el fútbol más allá de su equipo, es casi una religión, pero el hincha de Ferro vive otra pasión adicional, la de ser hincha de un equipo malo. Una pasión como una cruz.

Sin embargo, esa tarde frente al vecino Almagro, Ferro nos regaló una efímera y tardía satisfacción con un agónico y solitario gol. La efusividad me llevó a pensar que la maldición autoimpuesta tal vez había terminado, pero me bastaron diez segundos de luzidez para recordar el pésimo juego del equipo durante el partido y entender que el marcador en realidad era solo un capricho del demiurgo. Para el segundo partido como local ya no había ilusión ni destellos de ebriedad. Fue hermoso volver a sentir esa necesidad indómita de putear a todos y cada uno y maldecir cada pase errado, cada movimiento mal logrado y cada oportunidad desperdiciada. El hincha de un equipo malo lo primero que aprende son los cuatro apellidos de la columna vertebral de su equipo para encontrar nuevas formas de vituperar a esos culpables honrados de su rabia inagotable. Cambié el Navarro y Battiste por Veronetti y Rabaelli, y a pesar del abismo sentimental que tengo por un equipo y por otro, la pureza del insulto era exactamente igual. El hincha de un equipo malo sabe que no va a la cancha a ver fútbol, porque fútbol sencillamente no hay. Somos ese pueblo enardecido que sale a gritar a los condenados en su viacrucis, sin importar quién sea, solo por el placer de enfurecer. Nunca pensé que hubiese algo más trágico y triste para un hincha que ver al Deportivo Pereira, pero ver a Ferro es tal vez lo que más se acerca, sin embargo, mañana, al enfrentar a Atlético Rafaela, estaré al coro de la Locomotora con una nueva expectativa de perder, porque el hincha de un equipo malo sabe que su destino está labrado, pero la pasión es testaruda y no conoce de resignación. El ritual puede ser el mismo, pero cada vez será algo especial. ☺



EMBUTIDO ARTESANAL

itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

Carrera 42 # 54-60

MUSEO D ANTIOQUIA



Boñerosutra

Presentamos la mirada contundente y opulenta de Fernando Botero al erotismo

Desde el 18 de abril

Visítanos en:

www.museodeantioquia.co

 /museodeantioquia  /museodantioquia  /museodantioquia

CONCIERTO DE ANIVERSARIO ORQUESTA FILARMÓNICA DE MEDELLÍN

35 FILARMED 1983/2018



RÉQUIEM ALEMÁN J. BRAHMS

DIRECTOR: ANDRÉS OROZCO-ESTRADA

SOPRANO: JUANITA LASCARRO / BAJO BARÍTONO: VALERIANO LANCHAS
COROS: ARCADIA, TONOS HUMANOS Y DEPARTAMENTO DE MÚSICA EAFIT

DOMINGO 29 DE ABRIL 4:00 P.M.
TEATRO METROPOLITANO

BOLETERÍA: \$70.000, \$85.000 Y \$95.000 / PUNTOS DE VENTA TU BOLETA Y TAQUILLA DEL TEATRO / DESCUENTOS: 30%
TARJETA INTELLECTO, 25% CLIENTES BANCOLOMBIA, 20% ESTUDIANTES Y ADULTO MAYOR / INFORMES: 232 2858 / 262 5500
@FILARMED    WWW.FILARMED.COM

ALIANZAS          



Oro derretido en crisol. Molino El Arco, Marmato, 2013.

La batea es un espejo en espiral en el que se refleja buena parte de la historia de Colombia. Es el anhelo de El Dorado en miniatura, dando vueltas sobre su propia leyenda. Siguiendo su cadencia se van decantando costumbres, anhelos, oficios, conflictos, que brillan en la mirada, fotográfica y escrita, de Stephen y Elizabeth Ferry. El espíritu de *La Batea* (2017) se refleja en la elaboración del libro concebido como una artesanía. Acá les dejamos cuatro chicharroncitos.

textos ELIZABETH FERRY
fotografías STEPHEN FERRY

La batea

Sin azogue

El río Palo nace en el páramo de Santo Domingo, en la cordillera Central de Colombia, en medio de montañas ricas en yacimientos auríferos. A lo largo de millones de años, el río ha recibido constantemente granitos de oro, gracias a la erosión y la escorrentía montañas arriba.

Muchos ríos colombianos tienen depósitos aluviales de oro. Desde los años ochenta, algunos mineros han usado retroexcavadoras para extraer el oro de las riberas y dragas para sacarlo de los lechos de los ríos. Utilizan el mercurio para procesar el oro en el sitio, pero dejan que los desechos corran al río y penetren los suelos aledaños. Con estos métodos, los mineros y sus patrocinadores (una retroexcavadora Caterpillar cuesta hasta 300.000 dólares) extraen de los depósitos aluviales todo el oro con rapidez, pero hacen mucho daño a los ríos.

Sin embargo, no todos recurren a estos métodos. Muchos mineros afrocolombianos e indígenas en la región del Pacífico, donde se encuentra el río Palo, solo usan bateas y escalones de madera para extraer y beneficiar su oro. Como sustituto del mercurio, algunas comunidades emplean una planta conocida como escoba babosa (*Sida rhombifolia*), utilizada tradicionalmente en Suramérica como antiinflamatorio. Estos procesos toman más tiempo (y extraen menos oro), pero no dejan desechos tóxicos en el río.

En 2014, Stephen se encontró con una familia de la comunidad indígena nasa del cabildo de Huellas (Caloto), que estaba buscando oro a pocos metros de su casa, en la ribera del río Palo. Preguntó si usaban mercurio y el padre contestó: «Esa cosa nos enferma a nosotros mismos y no queremos contaminarnos con nada, no queremos tener ninguna enfermedad... Lo hacemos así», e hizo con las manos un movimiento circular por encima de la batea.

Con todo, desde entonces las aguas de ese río se volvieron turbias. Según las autoridades indígenas del cabildo de Huellas, personas que no son de allí, pero que trabajan con varias familias de la comunidad, han emprendido labores de minería con retroexcavadoras:

«... los foráneos que no saben de la Madre Tierra [se han dedicado] a destruirla... Estas pocas familias [están] no [solo] contaminadas con elementos químicos que utilizan para extraer el oro, sino que también les lavan el cerebro (...) incitándolos [a] hacer minería y para que obren en contra del cabildo indígena».

En muchos territorios indígenas de la región del Pacífico, las autoridades han movilizado a la Guardia Indígena —una fuerza policial nativa— con el fin de retirar las retroexcavadoras mediante el diálogo o destruirlas por la fuerza si es necesario.



Batea. Río Palo, resguardo indígena de Huellas. Caloto, Cauca, 2011.



Escalón de madera. Río Palo, 2011.



Veta de oro. Mina La Roca, Segovia, Antioquia, 2012.



Segovia, 2012.

La chatarrera

En general, se entiende por chatarrera una mujer que recicla trozos de metal. Pero en el contexto de la minería tradicional, se refiere a una costumbre centenaria: los mineros apartan las rocas que no provienen de la veta en sí, pero que contienen algo de oro, y las dejan en las afueras de la mina. Allí, las personas (mujeres, por lo general) pueden recogerlas y romperlas, para recuperar el oro que llevan dentro.

En su relato *Viaje al Nuevo Mundo: 1599-1605*, fray Diego de Ocaña describe cómo en las minas de Potosí (hoy Bolivia) «las indias también buscan de las piedras que hay desechadas a las bocas de las minas, que llaman pallar, quebrallas [sic] y escoger lo bueno y apartar lo que no es tal». Incluso en la actualidad los mineros de Potosí descartan relaves para que las *pailliris*, las viudas de los mineros, tengan la oportunidad de ganarse la vida con la mina. Fernando Márquez, un funcionario de la corona española en Huancavelica (actual Perú), observó en 1785 una práctica similar, conocida allí como *pallaqueo*: hombres, mujeres y niños indígenas recogían el material que estaba en la superficie y lo llevaban a los mineros para que lo procesaran.

Cuando visitamos la mina de La Roca en Segovia, en 2012, los propietarios nos mostraron con orgullo su chatarrera, donde trabajaban unas 250 mujeres, muchas de ellas viudas a causa del conflicto armado interno colombiano. Pero en 2016 esa chatarrera había desaparecido, pues a los dueños de La Roca los obligaron a firmar un contrato de operación con la corporación Gran Colombia Gold, so pena de exponerse a un desalojo por parte de la policía. Mediante dicho contrato se obliga a La Roca a entregar toda su producción a la transnacional para que esta la procese, de acuerdo con los modernos modelos de negocio que privilegian la eficiencia y dejan, por lo tanto, a las chatarreras por fuera de la foto.

La veta

La concentración promedio de oro en la corteza terrestre es de 0,0005 gramos por tonelada métrica (g/t), en tanto que la plata viene en una concentración de 0,07 g/t, y el cobre, de 50 g/t; por lo tanto, se encuentra muy poco oro, en comparación con otros metales valiosos. Según el Servicio Geológico de Estados Unidos, todo el oro hallado hasta ahora en el mundo cabría en un cubo de 22 metros por cada lado.

Los depósitos subterráneos de oro se formaron por la acción del agua, la presión o el magma que empujó el metal hacia la superficie. Con frecuencia, estos se producen en áreas con mayor actividad geológica, como las cercanas a fallas tectónicas.

Las vetas de las minas de oro del distrito minero de Segovia-Remedios (Antioquia) son parte del cinturón de oro de Segovia, una región de rocas volcánicas de unos 300 km de longitud por 75 km de ancho que se formaron en el periodo Jurásico tardío, hace 160-145 millones de años. El oro del cinturón de Segovia aparece en vetas lenticulares (gruesas en el centro y delgadas en los bordes, como un lente), en una matriz de cuarzo. También está asociado con pirita, calcopirita, esfalerita y galena. Los mineros llaman cacao a las piritas color marrón que les ayudan a localizar el oro.

Los mineros tradicionales en la región de Segovia-Remedios usan taladros neumáticos y dinamita para extraer el oro de su matriz mineral, y luego lo sacan en canastos llamados catangas que se echan a la espalda. Cada año en Segovia, durante las Fiestas de la Virgen del Carmen, el Oro y la Minería, compiten en una carrera con cincuenta kilos de roca dentro de una catanga. Un minero le contó a Stephen que la carrera era mucho más fácil que el trabajo real en las minas de Segovia, donde tienen que gatear y trepar por túneles sinuosos y calientes, cargando con ese peso.

En estas fotografías de las minas de Segovia y Marmato podemos ver cómo los mineros pican, agrietan, sopesan, recogen, tiran y empujan para arrancar el oro del apretado agarre mineral de la tierra.



Chatarrera. Mina La Roca, Segovia, Antioquia, 2012.



Chatarrera. Mina Nueva, Antioquia, 2016.



Retroexcavadora. Mina de La Porquera, 2011.

Las retros

Fuimos en motocicleta hasta la vereda de La Porquera, por un camino sin pavimentar que serpentea por entre las colinas de Zaragoza, el pueblo que ofrece una linda vista con sus casas pintadas de oro. Por el camino, nuestro guía nos explicó que, si bien teníamos permiso para visitar una mina y tomar fotografías, no debíamos preguntar, por ninguna circunstancia, quién controlaba la operación.

En la mina, media docena de hombres de aspecto sombrío rodeaban un cráter profundo, abierto por dos retroexcavadoras gigantes que estaban posadas sobre unas plataformas de tierra en mitad del hueco. Vistos desde abajo, los hombres eran solo siluetas recortadas en el cielo, mensajes abstractos de amenaza. Las paredes del canon artificial tenían grabados los arañazos de las retroexcavadoras, como si un dinosaurio atrapado hubiera tratado de escapar. Y en el fondo del pozo, una masa movizada de unos cien mineros, entre hombres y mujeres, trabajaba codo a codo en

medio del fango. Cada cual llenaba de barro su batea y luego la llevaba hacia un lado, para agregarle mercurio y separar unas cuantas partículas de oro.

En intervalos de pocos minutos, las enormes máquinas amarillas emitían una bocanada de humo. Enseguida rascaban otro montón de tierra del agujero, para dejar caer el contenido sobre varias rampas metálicas que se alzaban junto al cráter. Los mineros ubicados en la parte de abajo luchaban por mantenerse en un punto firme, esquivando apenas el vaivén de las garras gigantes.

Arriba, los hombres que estaban en las plataformas metálicas dirigían mangueras de alta presión contra el lodo y las rocas arrojadas allí, para que el material bajara por las rampas de malla metálica, cubiertas con costales empapados de mercurio. La fuerza del agua hacía rodar el material fangoso sobre la malla, de modo que las partículas de oro se pegaban a la tela. El agua cargada de mercurio escurría por las patas de las estructuras, hasta llegar al suelo.

A pesar de estas condiciones, los mineros que trabajaban entre el lodo no se veían de mal humor; solo exhibían una férrea determinación de aprovechar al máximo cada oportunidad. Supimos que la gente del lugar tenía derecho de conservar cualquier oro que pudiera extraer manualmente durante tres horas cada mañana. El acceso se permitía, en días alternos, a los habitantes de Zaragoza y luego a los residentes de las veredas circunvecinas. Con suerte se podían ganar mensualmente cerca de un millón doscientos mil pesos (unos cuatrocientos dólares), una suma digna. Notamos que los patroneros de esta mina mandaban no solo por las armas que tenían, sino porque dejaban que la comunidad también explotara el hueco, así fuera mínimamente. En otros ríos hemos visto la misma relación entre grupo armado y comunidad, en torno a la minería. Ese pacto social termina cuando las retros han sacado todo el oro, trabajando veinticuatro horas diarias. ©



Mina de La Porquera, 2011.



La batea
Elizabeth Ferry -
Stephen Ferry
Editorial Icono
2017

Recógelo o te lo enviamos a casa

Dale vacaciones a tu cuerpo y renuévate.

Incluye:
5 zumos de frutas y vegetales
1 batido
1 infusión
1 hora de asesoría

Bar El Guanábano
Carrera 43 # 53 - 21
Teléfono: 3218882506



RESTÁURATE

Carta a una calle torcida



por **MARÍA ISABEL NARANJO**

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Torcida. Si estás en el mapa de Medellín es por torcida, porque no te dejas-te enderezar. Y eso que sos de las más viejas. En 1800 ya te dibujaban en el plano de la Villa de la Candelaria junto a diecisiete calles y vos eras la número 10. En ese mapa ya aparecían bien delineadas las calles de El Resbalón y La Carrera, la misma que se llamaría después Guanteros, donde alguna vez vivieron personas como las que dicen que viven hoy con vos: inmigrantes pobres, vagabundos y putas. Dicen, porque lo que se ve hoy es gente rebuscadora, gente alegre y gente libre, algunos con ese espíritu callejero que no se deja domesticar por las buenas costumbres. También se ven negociantes de todo tipo, de los que les gusta hacer plata por hacerla nomás y de los comerciantes que viven de lo que tanto nos ha gustado siempre: la noche, el alcohol y todo lo que sacuda la cabeza.

Pero eso será mucho después, cuando la villa se llame Medellín y sea bien moderna, con todo lo que trae adentro ese adjetivo. Por ahora estamos a finales del siglo XIX, y todavía aparecés en el mapa de Hermenegildo Botero con el número 10, aunque ya son 24. En 47 años crecimos siete calles, bien rectas, hacia el norte, y vos sos el límite de esa tierra que ya tiene nombre en el plano: La Villanueva, el barrio soñado como un nuevo Londres por el ingeniero Tyrrel Moore, donde se construirán casas para exhibir la riqueza que tienen señores como Pastor Restrepo, una plaza para recibir al libertador Simón Bolívar a caballo y un “modesto templo cristiano”, uno al que en su momento creyeron la catedral en ladrillo cocido más grande del mundo. En esa época intentaron enderezarte para ponerte a tono con las manzanas que la cuadrilla de artesanos y constructores empezaron a levantar para unir la ciudad, por la calle de Junín, con el nuevo barrio. Y nada. Por más tapia que echaron en la tierra del señor Moore, vos no te dejabas. Entonces debe ser por eso que te cambiaron el nombre y te pusieron la calle del Calzoncillo, porque te les tiraste en los planos, se los volviste triángulo.

De lo torcida que sos hasta te dicen tortuosa, porque vas en la topografía con las aguas de La Loca. Quién te manda. Esa quebrada que baja de las laderas orientales, paralela a su hermana Santa Elena y perpendicular a todas las carreteras que van a empezar a multiplicarse en el siglo que viene. Como dirá después el historiador Jorge Orlando Melo, los hombres que trataron de enderezarte eran herederos de una especie de contradicción mental permanente: “La obsesión por tener vías rectas y amplias, como criterio esencial de urbanismo”. Esos dirigentes fueron siempre, como el poema del Tuerto López, amantes de la línea recta. Y como no te dejaste, entonces en 1872, don Gabriel Echeverri y otros del Cabildo te cedieron a la arquidiócesis, te echaron piso por encima de lo que sería la culata de la catedral y te cambiaron el nombre en ese vecindario por el de La Paz. O sea, te partieron en dos y te ocultaron bajo la catedral.

En 1916 la ciudad llana ya se está trepando por las lomas del norte. Y vos seguís ahí. Ignorada y torcida, pero resistiendo cada vez que te atraviesan calles para conectarte con Boston, al nororiente, como Perú y Bolivia, o carreras que te van a comunicar con ese barrio que está diseñando don Ricardo Olano hacia el norte: Prado. Primero van a estirar la calle Palacé, después Ecuador, después Sucre y después Venezuela. Y por haberte partido así en el futuro te van a decir Barbacoas-Calle 57A; Barbacoas-Calle 56A; y Barbacoas-Calle 55A. ¿Entendés? Es que no vas a ser una, sino tres.

Sin más sobresaltos que un par de burdeles, algunas ebanisterías y una casa donde diseccionaban cadáveres los estudiantes de Medicina de la Universidad de Antioquia, llegaste a los setenta, y ahí empezó lo duro. Después del estudio del Plan Piloto y de analizar qué era lo que más le convenía al crecimiento de la ciudad en el futuro, esos dirigentes obsesionados con la línea recta decidieron en esa década que se debían tumbar seiscientas casas para construir la avenida Oriental, esa que te va a cercenar las arterias que te comunican naturalmente con Prado y con Boston. La avenida de cuatro carriles hecha para los carros, partirá en dos el corazón del Centro y va a encerrar uno chiquito por dentro, en el que vas a quedar vos y el barrio al que pertenecés. A la gente le va a dar pereza pasar al otro lado, así sea para oír la música de la retreta en el Parque de Bolívar o comprar artesanías en San Alejo o ver teatro en el México o comer pasteles en la Santa Clara. Además, tanto polvo y tanta especulación. Las firmas constructoras de arquitectos van a empezar a levantar edificios hacia donde apuntan las agujas del Coltejer, donde van a vivir los que se resisten en abandonar el Centro para vivir en barrios como Laureles y El Poblado. Pero empezaron a llegar otros.

Dicen que los otros eran los restos vivientes de Guayaquil, de Lovaina. Dicen que venían con malas mañas. Dicen que en vos encontraron callecitas

oscuras y casas que podían usar para otras cosas. La 55A se fue llenando de ladroncitos, travestis y antros de vicio, a la 56A fueron llegando familias de los pueblos para alquilar lo que podían pagar en los nuevos inquilinatos, y en la 57A aparecieron las primeras tabernitas para parejas del mismo sexo. Esa hijita tuya se fue llenando de bares y discotecas para personas que se amaban sin ser heterosexuales y por eso se tuvieron que esconder durante mucho tiempo, hasta la despenalización de “los delitos contra la libertad y el honor sexuales” en 1981. Fueron ellos los que te llenaron de gente. En el 2017 se besaron treinta mil homosexuales en ese pedacito de tierra conquistada, celebrando la única cosa que los une desde 1998: la marcha del orgullo gay. Emocionate que llegaron los que te quieren así, bien torcida.

Por eso hoy te están lavando. Por tus aceras corre agua sucia, pero no es la de La Loca. Hay un carro de Empresas Varias con mangueras de agua que dirigen a los muros una cuadrilla de trabajadores y vecinos con escobas cepillan la suciedad del tiempo que está pegada en las paredes, en los techos. Un hombrecito acurrucado en sus rodillas te está aflojando con un cuchillo un año de chicles pegados en el piso. Los propietarios de los negocios de la noche están imaginando con el hombre que viene de la Empresa de Desarrollo Urbano (EDU), esa oficina donde están los dirigentes que construyen la ciudad del presente, cómo te quieren ver en el futuro. Dicen que te van a sembrar árboles que acompañen esas cuatro palmeras solitarias que sobreviven entre el asfalto, te van a ampliar las aceras para que puedan sacar sillitas y hacer ferias gastronómicas o hasta ferias del libro para que también estés viva de día. Dicen que te van a cambiar las fachadas de los negocios que tenés encima para que todos se parezcan y den esa sensación de... bulevar, vos sabés, cada generación de dirigentes se obsesiona con algo, y los de este siglo XXI se obsesionaron con embellecer el espacio público.

Mientras ellos sueñan vos seguís ahí debajo de la catedral y debajo de vos sigue La Loca, esa que a veces se deja oír cuando el fantasma de don Tomás Carrasquilla sale del salón donde están las criptas y abre la puerta de madera maciza que hay en el sótano de la iglesia para dejarla rugir.

P.D. Torcida. Acordate en el futuro que si estás en el mapa de Medellín es por torcida. ©

BATHORY

ROCK WEAR

Vestuario para mujeres poderosas
y hombres fuertes amantes del rock.

   @bathoryrockwear
bathoryrockwear@gmail.com

Compra online o pide tu cita en Medellín con *La Maleta Viajera de Bathory*.

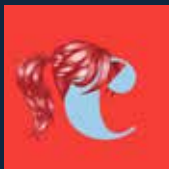


www. correctores .co

Corrección de estilo
para todo tipo de textos

- Normas técnicas de publicación.
- Corrección de pruebas.
- Transcripción de audios o videos.
- Asesoría para escritura de proyectos académicos o empresariales.

administrador@correctores.co



HAY PIEDRAS
CON LAS QUE
VALE LA PENA
TROPEZARSE
MÁS DE UNA VEZ

OPALO

bistró

TRAGOS / CAFÉS / MERIENDAS

ABIERTO DE LUNES A SÁBADO DESDE LAS 12:00 M
MEDELLÍN CARRERA 42 # 54-58

Frutti jhon

En el parque principal de Carlos E. Restrepo
encuentras lo mejor en comidas rápidas,
jugos, malteadas, helados, ensaladas de
frutas y otras **delicias para disfrutar.**

Servicio a domicilio
únicamente en Carlos E.

230 40 56



PIZZERIA

CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

NUESTROS SERVICIOS

- Esterilización colectiva
y personalizada de
perros y gatos.
- Somos **ESPECIALISTAS**
- Limpieza dental con cavitron

    www.corporacionraya.org



Red de Ayuda a los Animales

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro,
por medio del cual tenemos la posibilidad
de recordar que la vida, con toda
su magia y creatividad
es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Teléfono: 2302522



Tienda & Cocina Vegetariana

Cra 45 (El Palo) #52 63
Edificio El Palomar
Lunes a viernes 8:30 a.m a 7:00 p.m
Sábados 8:30 a.m a 4:00 p.m
Tel. 251 66 85

DESDE 1980

Abierto *TODOS LOS DÍAS*
desde las 5:00 p.m.

Clle 47 # 42-70 loc. 112

Torres de Bomboná

Tel. 2395963

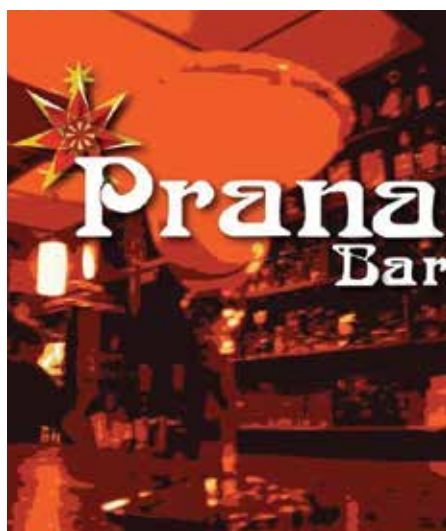


Prana Bar

MÚSICA EN VIVO VIERNES Y SÁBADO

Cll 47 #42-48 Local 104
Torres de Bomboná

Tel. 2170489




universo
centro

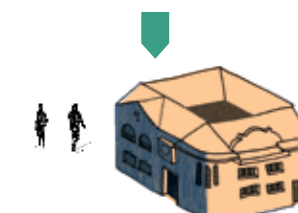
confiar
COOPERATIVA
FINANCIERA

Invitan a la exposición:

Memorias de una villa nueva



La historia de cuando la
vieja Medellín cruzó la
quebrada Santa Elena y
conquistó el Norte.



Del 20 de abril
hasta el 19 de julio
en la Casa de la Cultura y
la Cooperación **CONFIAR**
Calle 54 # 46-83

Pastor Restrepo fotografiando su casa en 1875.
Dibujo de Elizabeth Builes, grafito
y tinta china sobre papel, 2016.

 **UNAULA**

Vigilada MinEduación



vortex 6

Muestra de video
y experimental

Medellín 8 - 12 de mayo

Organiza:

cinéfagos.net

Apoya:



Muestras
Conferencias
Laboratorios

FÚTBOL

¿De qué está hecho un gol?

Nueva exposición en Parque Explora



LA VELOCIDAD PROMEDIO
DEL DISPARO DE UN JUGADOR MUNDIALISTA
ES DE 84 KMS POR HORA.

Ven a Explora a conocer más de fútbol
y a vivir experiencias interactivas que
te prepararán para las emociones del mundial.

www.parqueexplora.org

parque
explora



¿Summercé baila?

Amalia

la secretaria

MARCELA BENJUMEA - ENRIQUE CARRIAZO

ANA MARIA ARANGO / PATRICIA TAMAYO / DIEGO LEÓN HOYOS / FABIO RUBIANO
FERNANDO AREVALO / MARCO ANTONIO LÓPEZ / CAROLINA LÓPEZ / JUAN PABLO BARRAGAN

PRODUCIDA POR CERDITA VOLADORA FILMS S.A.S. DIEGO Y COMPAÑIA S.A.S. CON APOYO DE PROIMÁGENES COLOMBIA
GUIÓN Y DIRECCIÓN ANDRÉS BURGOS PRODUCCIÓN GENERAL ANDREA MARULANDA FOTOGRAFÍA MANUEL CASTANEDA
MONTAJE MARIA VÁSQUEZ CASTING ALBERTO RODRIGUEZ ARTE JUAN FERNANDO PEREZ SONIDO AUGUSTO HERNÁNDEZ BRUECHET
DISEÑO DE SONIDO Y MÚSICA ORIGINAL JUAN PABLO MARTÍNEZ / MARTHA LUCÍA MIRANDA MASTERIZACIÓN CINECOLOR
MÚSICA AUTORIZADA POR ACODEM DISTRIBUCIÓN INTERNACIONAL HABANERO FILMS

CERDITA
VOLADORA
FILMS®



DIEGO & CO



Proimágenes Colombia
Fondo Cinematográfico



Habanero

